

UN ASILO EN LA GOAJIRA, DE PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ

Estudio preliminar, reedición y normalización de texto

ESPERANZA VERGARA MADERA

**PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.
2018**

UN ASILO EN LA GOAJIRA, DE PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ:

Estudio preliminar, reedición y normalización de texto

ESPERANZA VERGARA MADERA

**Trabajo presentado como requisito para optar al título de Profesional en Lingüística y
Literatura de la Universidad de Cartagena**

Asesor

EMIRO SANTOS GARCÍA

Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe
de la Universidad del Atlántico

**PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
CARTAGENA DE INDIAS D. T. Y C.
2018**

Nota de aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

CONTENIDO

PARADOJAS DEL INDIANISMO EN <i>UN ASILO EN LA GOAJIRA</i>,	5
DE PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ: REPRESENTACIÓN ETNOGRÁFICA Y NARRATIVA HISTÓRICA EN EL CARIBE COLOMBIANO.....	5
1. EL CONTEXTO FORMATIVO DE LAS NARRATIVAS FUNDACIONALES.....	5
2. EL DIECINUEVE LITERARIO EN COLOMBIA: PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ Y LA MUJER ESCRITORA	10
3. UNA REFLEXIÓN ALEGÓRICA: LOS SENTIDOS SOCIALES DEL TEXTO COMO CATEGORÍAS DE ANÁLISIS	26
4. HILO NARRATIVO, PERSONAJES Y ALEGORÍAS SOCIALES.....	29
5. ESBOZOS DE UNA INCIPIENTE “ECOPOÉTICA” Y LAS PARADOJAS DE LA REPRESENTACIÓN ETNOGRÁFICA.....	34
6. (RE) CONSTRUIR LA “NUEVA NACIONALIDAD” DESDE LO FICCIONAL	41
7. <i>UN ASILO EN LA GOAJIRA</i> : LA “COLOMBIANIDAD” ENTRE LO PÚBLICO Y LO INTIMO	45
8. A MANERA DE CONCLUSIÓN.....	51
Bibliografía	52
UN ASILO EN LA GOAJIRA	54
I.....	55
II	58
III.....	60
IV	64
V.....	68
VI.....	73
VII	76
VIII.....	80
IX	86
X.....	88

I

PARADOJAS DEL INDIANISMO EN *UN ASILO EN LA GOAJIRA*, DE PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ: REPRESENTACIÓN ETNOGRÁFICA Y NARRATIVA HISTÓRICA EN EL CARIBE COLOMBIANO

1. EL CONTEXTO FORMATIVO DE LAS NARRATIVAS FUNDACIONALES

Existe una necesidad urgente de desbordar lo literario al hablar de la narrativa latinoamericana pos-independentista, que abarca desde la tercera década del siglo XIX hasta los años iniciales del Modernismo, según la teorización propuesta por Ángel Rama (1982). Esto obedece, de acuerdo con Doris Sommer (2004), al hecho de que la conformación del Estado moderno en la región ha sido fuertemente influenciada por la necesidad de “hegemonía cultural” de las Élités nacionales letradas. Y en esto las llamadas “novelas nacionales” del siglo XIX han ejercido un papel protagónico. Lo anterior hace necesario que los textos surgidos durante este lapso deban comprenderse a partir de una red de elementos entrecruzados, tanto políticos y sociales como culturales.

La imagen de la nueva América independiente surge en su literatura a partir del enfrentamiento y/o fusión de lo popular y de lo culto letrado europeo. Existe una serie de autores que se han ocupado de estudiar estas realidades. En *La transculturación narrativa en América Latina* (1982), Ángel Rama reflexiona sobre las formas en que los elementos

culturales originarios de América Latina y aquellos provenientes de Europa se interrelacionaron para crear un arte de vanguardia, concomitante con un acelerado proceso de modernización económica y social. Después de la independencia, América Latina quiere separarse de la metrópoli española y sus escritores ensalzan aquellos elementos representativos de su nacionalidad o cultura. En la época posterior a la Independencia, la lucha contra las fuerza militares de la colonia hispánica, las gestas y hazañas de los próceres y la belleza del paisaje propio fueron tópicos característicos de cada una de las literaturas republicanas. Esto se explica porque durante el periodo en cuestión, el imaginario del artista autóctono adquiere su carácter nacional: la literatura se vuelve, a ojos de las elites educadas, un vector del sentimiento colectivo de la nación o grupo¹.

En la opinión de Sommer, consignada en su célebre *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina* (2004),² lo anterior sucede porque las novelas abordan lo que queda por fuera o es puesto en entredicho por los grandes relatos nacionales. En otras palabras, las novelas encarnan los acontecimientos del país mediante las acciones y vivencias individuales que se asumen como una suerte de alegorías sociales. Pedro Henríquez Ureña, en *La utopía de América* (1925), afirma, por su parte, que las particularidades del mundo latinoamericano fueron creando en los escritores una inquietud cada vez mayor por alcanzar una literatura vernácula. En el siglo XIX este objetivo empieza a concretarse en una tradición forjada a partir de fenómenos comunes en todo el

¹ Rama, Á. (2007). *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires (Argentina): Ediciones El Andariego.

² Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá, (Colombia): Fondo de Cultura Económica.

subcontinente: inestabilidad política y guerras civiles, mestizaje étnico y rivalidades entre las diversas castas y clases sociales.

La narrativa decimonónica, según es vista por Henríquez Ureña, aborda la problemática vital del nativo frente a una realidad geográfica e histórica peculiarmente difícil. Ante lo desbordante de esta realidad, recurre a los mitos, historias, pueblos y tradiciones que le permiten articular un proyecto ideológico-político cohesivo y coherente. Esto explica porque los investigadores mencionados se acercan a las obras desde una perspectiva centrada en los conflictos que tensionan su escritura, proveyéndola de forma e intención histórica. Con los términos de conflicto, forma e intención, queremos referirnos a la búsqueda de los escritores de una lengua propia, que asuma las complejas realidades de su tierra y su gente. Una lengua que, desde el plano del discurso, argumente contra el desorden y la injusticia social imperante. Dos ejemplos de lo anterior son *El periquillo Sarniento* (1816), de Fernández de Lizardi y *Amalia* (1851), de José Mármol.

Tenemos entonces que es posible “mapear” las divisiones, la violencia y las supresiones que el discurso oficial intenta ocultar y que el discurso literario evidencia. Volviendo a Sommer, esta idea se plantea a partir de la re-escritura que la novela de Marmol postula sobre un episodio histórico que todavía no ha podido dilucidarse desde la “historia oficial” argentina. Lo no dicho, lo inferido, lo que pertenece al ámbito íntimo de los personajes, arroja luces sobre un pasado que todavía espera a ser esclarecido:

Por ejemplo, los historiadores aún no se ponen de acuerdo sobre la personalidad política de Juan Manuel de Rosas. ¿Fue un sanguinario y un bárbaro vengativo, dedicado a aterrorizar y torturar a los representantes de la intelligentsia argentina? ¿O fue un sagaz defensor de la autonomía cultural y económica de los argentinos, no más sanguinario que sus oponentes, igualmente extravagantes, que querían europeizar el país tan pronto como fuera posible? Si "aprendemos" por la lectura de Amalia que Rosas era un dictador sin escrúpulos, nuestro conocimiento es en gran medida una articulación política de la frustración erótica que compartimos con Amalia y Eduardo. Y sentimos la intensidad de su frustración porque sabemos que su obstáculo es el terrible dictador. (Sommer, 2004: 65-66).

Así es como la literatura latinoamericana posterior a la Independencia se transforma en el archivo "no oficial" de una época de transiciones difíciles en todos los órdenes sociales: una época de recelos raciales causados por la reestructuración de la pirámide social después de la expulsión de los españoles; una época de conflictos regionales o ideológicos, de luchas políticas y guerras civiles; una época de apertura al libre comercio, y muy importante en nuestro caso, tal como lo dice Sommer (2004), un derrumbamiento de las jerarquías tradicionales que cimentaban el establecimiento de la sociedad. Este prólogo se centra en el problema de como en *Un asilo en la Goajira* (1879), de Priscila Herrera de Núñez, se presenta una representación paradójica de la cultura indígena del Caribe colombiano que obedece a realidades socioculturales que dan forma a la trama.

Con el fin de analizar estas tensiones, este trabajo aborda dos temáticas: por una parte, reflexiona sobre el papel de Priscila Herrera como mujer escritora en el panorama literario del momento, y por la otra, analiza las maneras en que el contexto formativo de las narrativas fundacionales de la Latinoamérica y Colombia del siglo XIX se expresan en los

sentidos sociales del texto, en las alegorías que construye y en los esbozos de una poética con una actitud muy específica hacia el entorno. Nuestro propósito es normalizar y reeditar un texto que, a pesar de ser pionero en la constitución de la tradición narrativa del Caribe colombiano, sigue estando en mora de ser sometido a un análisis crítico más profundo y una difusión editorial más amplia. Después de la antología de Samper Ortega (1935), la cual reeditó la novela en formato de libro después de alrededor de cinco décadas de haberse publicado en folletín, se puede dar cuenta de al menos dos esfuerzos recientes por re-difundir la novela: la antología del 2003 de la editorial Epígrafe y la versión que José Luis González Crespo editó para la gobernación de la Guajira, en el año 2007. Un fragmento de la novela aparece publicado, así mismo, en el vigésimo tercer número del 2011 de la revista *Aguita* del Observatorio del Caribe Colombiano. Esta misma institución, en convenio con la Biblioteca Nacional de Colombia, ha publicado en formato de libro electrónico una versión revisada de la edición de la gobernación de la Guajira, en el 2014, en la colección titulada “Lecturas del Caribe”.

En cuanto a trabajo de normalización textual, este trabajo se propone ofrecer, además de un aporte investigativo a la comprensión de la obra, un trabajo de reconstrucción de giros, expresiones y rasgos ortográficos basado en el texto de González Crespo. Al respecto, dos trabajos notables de análisis crítico que pueden ser mencionados son el libro *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del siglo XX* (1995), de Jaramillo, Osorio de Negret y Robledo, y el artículo titulado “Publicaciones seriadas de la literatura colombiana. La crítica en las publicaciones colombianas de finales de siglo XIX y principios de siglo XX”, publicado en *Estudios de literatura colombiana*, en el número 35 del 2014.

La primera parte de este trabajo analiza el contexto de evolución de Herrera de Núñez como mujer escritora en la Colombia del siglo XX, observando la evolución de las escritoras en el campo literario de mediados del diecinueve, y las condiciones en las cuales se enmarca su producción. A continuación, se abordan los elementos conceptuales de los que parte el análisis, en especial la pertinencia del concepto de “alegorías nacionales” de Jameson en relación con la obra de Herrera de Núñez. A renglón seguido, se hace un análisis de cómo estos conceptos permiten construir una interpretación socio-histórica de la trama y de los personajes. Después de este análisis, el texto presenta un rastreo de los elementos constitutivos de una incipiente *ecopoética* para el caso de la novela. Para finalizar, se ofrece una lectura social, histórica y cultural de los modos en que la narrativa de Priscila Herrera de Núñez, al insertarse en las dinámicas de representación del indianismo decimonónico en Colombia, ofrece modos de reconstruir un modelo alternativo de nacionalidad.

2. EL DIECINUEVE LITERARIO EN COLOMBIA: PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ Y LA MUJER ESCRITORA

En “Los orígenes de la novela colombiana: desde *Ingermina* hasta *Manuela*”, el crítico norteamericano Raymond Williams (1989) afirma que la literatura colombiana constituye una tradición problemática que se complejiza mucho más si se habla del siglo XIX. Los conflictos sociales y las presiones latentes, y a punto de estallar, que estuvieron ocultos en el lirismo y la efusividad sentimental del romanticismo o en el “autoctonismo” voluntarioso

del costumbrismo –disputas internas entre conservadores y liberales, guerras civiles, aislamiento geográfico y rivalidades entre regiones, sexismo y racismo–³. Para Williams, estas características operaron de un modo irremediamente ideológico en un campo literario que proyectó desde sus inicios las álgidas luchas políticas, sociales y culturales que desangraron al país. Entre estas configuraciones ideológicas, el rol social de los sujetos femeninos y su escritura ocupó un lugar periférico –ejemplos de lo dicho son los casos de María Martínez de Nisser, con sus *Diarios (1841)*, o Soledad acosta de Samper, con *Novelas y cuadros de la vida suramericana (1869)*–.

Williams piensa en la tradición misógina que se remonta a la aparición, en 1844, de la novela *Ingermina o la hija de Calamar*, del intelectual cartagenero Juan José Nieto. Y aunque esta reúne dos de las características que, a juicio de Sommer (2004), caracterizan las “ficciones nacionales” –la integración erótica de las diferencias socio-raciales y la construcción de una narrativa obediente a las convenciones y referencias propias de la economía escritural “cultura”–, podemos ver cómo Nieto parte de una visión abiertamente patriarcal de su rol de escritor-educador de las subjetividades de sus lectoras⁴. Así las cosas, es de esperarse la construcción y legitimación de un *status quo* literario refractivo de un orden social basado en la subordinación femenina. En palabras de Williams, citando a Nieto:

³ Para mayor análisis se recomienda la lectura de Múnera Cavadia, A. (2011). *El fracaso de la nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. La Habana: Casa de las Américas; y Jaramillo Castillo, C. (1989). “Antecedentes generales de la guerra de los mil días “. En *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta. Pp. 64-88.

⁴ Debe tenerse en cuenta, por supuesto, que aquí se están mezclando tres niveles sin hacer la diferenciación: el de escritoras, lectoras y representaciones de lo femenino. Sin embargo, para evitar la confusión que puede conducir a conclusiones inexactas, más adelante intentaremos puntualizar lo dicho antes).

“Tú, amable lectora, si alguna vez has amado de veras, dirás si tenía razón la humilde hija de Calamar” [...] La palabra “lectora” establece claramente la jerarquía de Nieto (y de Colombia en la década de los cuarenta): escribir es el dominio de figuras masculinas autoritarias; leer es el papel pasivo de las mujeres (Williams, 1989: 588).

Esto evidencia una situación ampliamente conocida, que ha sido abordada por autores como Robledo Jaramillo y Osorio (1995) y Aristizábal Montes (2007): la actitud predominante del diecinueve literario colombiano fue de gran apego a los valores convencionales. La tendencia fue ensalzar técnicas y modelos que, por lo general, ya estaban de salida en el panorama artístico latinoamericano. Un ejemplo de esto son las luchas del neoclasicismo contra el romanticismo que describe Jiménez Panesso en *Poesía y Canon* (2002)⁵. En semejante atmósfera, la actitud hacia la escritura femenina y las condiciones para su producción no fueron las más óptimas. Abundan casos de novelas olvidadas: *Aurora* (1868), de Mercedes Párraga, novela epistolar que apenas empieza a ser mencionada de nuevo en los manuales literarios, o el caso de la amplia producción de Soledad Acosta de Samper. El “siglo XIX en Colombia”, escriben Robledo, Jaramillo y Osorio, a partir de una lectura de Camacho Guizado, “se caracterizó por su tono arcaizante y [...] mostró una evolución histórica más lenta y menos progresista que en otros países hispanoamericanos”, prevaleciendo “el interés por el clasicismo, la imitación servil de los modelos recibidos o el excesivo respeto hacia ellos” (xxviii). Como es de esperarse, el talante de las escritoras fue también conservador.

⁵Jiménez Panesso, D. (2002). *Poesía y canon. Los poetas como críticos en la formación del canon de la poesía moderna en Colombia (1920 -1950)* Bogotá: Norma.

Convertida en extensión del ideal de domesticidad femenina, la labor escritural construyó y afianzó la imagen del “ángel del hogar”⁶. Personajes y tramas repiten los estereotipos de la mujer frágil y dulce, paradigma de un ideal de delicadeza femenina. Jaramillo Jaramillo, Osorio de Negret y Robledo Palomeque (1995) sostienen que esta narrativa tuvo como modelo principal las obras de autores ingleses, y sobre todo franceses, que se complementan con diversos rasgos costumbristas y psicológicos locales. En esa medida, *Delphine*, de Madame de Stael; *Indiana*, de George Sand; *Julia, o la nueva Eloisa* (1761), de J. J. Rousseau, se convirtieron en los modelos literarios y sociales de esta clase de escritoras. Ejemplo de esta representación es la forma en que la novela de Mercedes Párraga describe a Aurora: “¿Cómo olvidar a Aurora? ¡Pero Aurora no es una mujer: es un ángel: una mujer no tiene nunca esa mirada; mirada sin amor, y sin embargo, llena de una dulzura melancólica que arrebató el alma!” (Acosta de Samper *et al.* 2003: 55).

Todo esto no es coincidental. Para Afanador Contreras y Báez Monsalve (2015), “el sistema educativo y los manuales de urbanidad formularon unos roles claros y precisos para

⁶ Con el crecimiento de la burguesía y su estilo de vida y valores durante el siglo diecinueve, el hogar se convirtió en el centro de las actividades consideradas apropiadas para las mujeres, que debían estar lejos de las tareas productivas consideradas masculinas. Es en esta época que las mujeres de clase media empiezan a adaptarse a un modelo burgués que les educa para lo doméstico, y en esa medida, la enseñanza femenina de la época empieza a adecuarse a dicha concepción. El desarrollo de aptitudes para lo doméstico era lo que daba a las mujeres de esta clase social su estatus dentro de la misma, así que, como era de esperarse, con el tiempo se establecieron escuelas de señoritas apropiadas para su fomento. Para el caso cartagenero, Buenahora Molina (2001) advierte lo siguiente: “La mayoría de estos establecimientos de enseñanza era regentada por órdenes religiosas, y las materias de enseñanza en la práctica no distaban mucho de lo que se enseñaba en las escuelas públicas. Había un claro énfasis en la preparación para el desempeño del papel de esposa y de madre, se insistía mucho en materias como economía doméstica, urbanidad, moral y principios religiosos, pero a diferencia de las escuelas públicas en ella generalmente se enseñaban uno o dos idiomas extranjeros (francés e inglés), música, piano, arpa, guitarra y canto” (44).

hombres y mujeres, siendo el femenino, el género predilecto para las prohibiciones y las sanciones sociales” (p.67). Al respecto, continúan los investigadores:

Tal vez el manual de urbanidad más famoso, leído y reseñado en la historia de Colombia sea el Manual de urbanidad y buenas maneras de Manuel Antonio Carreño. Escrito en 1853, publicado primero en apartados para un periódico neoyorquino y posteriormente como libro, el tratado del diplomático y educador venezolano alcanzó gran popularidad en toda América Latina al convertirse en texto insignia de la virtud moral, con ciertos preceptos clave para convertir al lector en gente de bien (68).

La distinción social de las prácticas y modales entre hombres y mujeres era importante para la organización social, pero la educación “letrada” de las mujeres no lo era, porque su deber consistía en mantener el hogar en orden y educar a los niños para que fuesen ciudadanos ejemplares⁷. Esta visión se proyectaba sobre el aparentemente pasivo plano de la lectura. El ejemplo que viene a continuación es de Aristizabal Montes, citando un recorte de prensa de la época. Lo que dice es que, vista como un género, la novela permitía moralizar por el mejor medio posible a las mujeres: “Su mensaje iba destinado al 'bello sexo granadino' porque este era fundamental para 'la moralización de la clase del pueblo' (enero 3 de 1858)” (Aristizabal Montes, 2007: 50).

Al respecto, el ordenamiento político del país es tajante. El artículo 33 de la Constitución de 1863 enuncia que sólo tienen derechos ciudadanos y son elegibles los

⁷ Afanador Contreras, M I; Báez Monsalve, J F; (2015). Manuales de urbanidad en la Colombia del Siglo XIX: Modernidad, Pedagogía y Cuerpo. *Revista Historia Y MEMORIA*, () 57-82. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325140735003>

varones católicos mayores de 21 años⁸. Esto es ratificado posteriormente en la Constitución de 1886.⁹ Aun así, para la época se observan marcados progresos, especialmente en el campo educativo. He aquí el contexto histórico de la aparición de *Un asilo en la Goajira*:

En 1833 las mujeres representaban cerca del 10% de los educandos en el país y al cerrar el siglo eran un poco más del 40%. Durante la época colonial se le había prestado poca atención a la educación femenina. A veces en las familias más pudientes las jovencitas aprendían a leer, a contar, a bordar y a rezar. Con la Ilustración, al menos en los propósitos, se esbozó la idea de que era importante educar mejor a las mujeres para que pudieran formar buenos ciudadanos. La tendencia continuó después de la Independencia, pues educar a los colombianos fue una de las primeras preocupaciones de los gobernantes. Desafortunadamente, en los hechos fue poco lo que la joven y pobre República logró hacer, y menos aún en el caso de las escuelas femeninas, no consideradas tan urgentes como las masculinas. Los adelantos en la instrucción de las mujeres en general fueron producto de esfuerzos privados, con excepciones, como el caso del célebre Colegio de la Merced, fundado en Bogotá en 1832 por Rufino Cuervo, gobernador de Cundinamarca (Londoño Vega, 1995).

Según Londoño Vega (1995), después de la Guerra de los Supremos (1839-41), el conservador Mariano Ospina estimuló la creación de los planteles femeninos. Sin embargo, fue en la década de 1870 que el número de instituciones educativas creció en el país. La proporción de niñas en las escuelas paso del 16% al 34% en regiones como Cundinamarca, Santander y Antioquia. La conveniencia o no de educar a las mujeres constituyó un álvido

⁸ En su artículo 33, la Constitución política de los estados unidos de Colombia 1* de 1863 (1863) determinaba que: “Son elegibles para los puestos públicos del Gobierno general de los Estados Unidos, los colombianos varones mayores de 21 años, o que sean o hayan sido casados; con excepción de los Ministros de cualquier religión”. (Capitulo IV. Colombianos y extranjeros, párr.3). Tomado de <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=13698#>

⁹ En su artículo 15, la Constitución Política de Colombia de 1886 (1886) determina que “son ciudadanos los colombianos varones mayores de veintiún años que ejerzan profesión, arte u oficio, o tengan ocupación lícita u otro medio legítimo y conocido de subsistencia”. (Título II. De los habitantes: nacionales y extranjeros, párr.8). Tomado de <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=7153#3>

tema de debate que se prolongó hasta el principio del siglo XX. Para algunos la instrucción en letras se consideró perniciosa; mientras que otros la consideraron útil para la moral pública. Pese a lo anterior, la subordinación femenina, que el orden político y social de la Colombia decimonónica plantea, se refuerza en el ideario religioso de la época. Guy Betchel (1997) sostiene lo sobre la visión doctrinal que soporta los regímenes patriarcales modernos:

La mujer constituye un peligro [...] En rigor solo será soportable en tanto virgen o religiosa, o bien si es muy casta, si vive en silencio y sumisión consagrándose a los hijos y saliendo apenas de la casa. Solo esta discreción puede salvarla. (39)¹⁰.

Y aunque se propendía por una mujer volcada a los asuntos del hogar y una escritura correspondiente a ese “ideal”, las mujeres escritoras tuvieron una participación activa en la agitación social imperante. Esta paradoja es posible únicamente en virtud de la pertenencia de estas escritoras a los círculos de poder de las élites letradas. En la Colombia del siglo XIX, la mujer escritora es miembro del circuito de poder regional y nacional; su participación en la ciudad letrada se da dentro de las prerrogativas de la élite para tal participación y por eso la misma no puede esconder una situación de misoginia generalizada. Todo lo contrario: la confirma¹¹. Esto se evidencia en la elección de la novela corta como género.

¹⁰ Betchel, G. (1997). *La carne, el diablo, el diablo y el confesionario*. Madrid: Grupo Anaya S.A.

¹¹ Londoño vega (1995) lo confirma: “Eran tales los contrastes entre la vida de ricos y pobres, campesinas, pueblerinas y ciudadinas, entre blancas, negras e indígenas, entre casadas, solteras y monjas, entre aquellas de tierra caliente o de zonas montañosas templadas y frías, entre las que gozaron de años de paz y prosperidad o las que soportaron tiempos adversos, que resulta difícil hacer afirmaciones generales sobre las mujeres que vivieron en Colombia durante el siglo pasado. Poco tenían en común una señora de Bogotá o de alguna de las

Entre 1844 y 1858 –años previos a la publicación de la novela de Priscila Herrera de Núñez– encontramos el auge del conflicto federalista-centralista, caracterizado por varias rebeliones y guerras civiles. No es posible tener estimados confiables, pero Malcolm Deas y Fernando Gaitán (1995) ofrecen la siguiente cantidad sólo para los conflictos más representativos hasta ese punto: “guerra de los Supremos (1839-1842), 3366 muertos; guerra de 1851, 1000 muertos, guerra de 1860 (1859-1862), 6000” (201-202). Tales conflictos se originaron por la debilidad institucional del Estado para hacer presencia en las regiones, por las rebeliones partidistas que implicaban el conflicto entre el liberalismo económico y el poder de los terratenientes, y por las revueltas de hacendados contra la abolición de la esclavitud, principalmente bajo la administración de José Hilario López (Jurado Jurado, 2015)¹². Este conflicto político necesariamente se proyectó sobre lo intelectual. El periodo estuvo marcado por una intensa discusión ideológica que tomó varias formas, incluyendo la novela. En este momento se destacan autores como Juan José Nieto, José Joaquín Ortiz, Juan Francisco Ortiz, Eladio Vergara, José Antonio de Plaza, José María Ángel Gaitán, Felipe Pérez, Raimundo Bernal Orjuela y Eugenio Díaz, quienes, además de la política, participaron activamente en el debate que intentaba definir la identidad cultural de la naciente república colombiana.

principales ciudades, por ejemplo, con una esclava negra de principios de siglo”. Tomado de <http://www.banrepcultural.org/node/73270>

¹² Deas, Malcolm & Gaitán, Fernando (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores. Jurado Jurado, Juan Carlos. Guerra y Nación. La guerra civil colombiana de 1851. “HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local”, [S.l.], v. 7, n. 14, p. 99-140, July 2015. ISSN 2145-132X. Disponible en: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/historelo/article/view/47784>

Para Williams (1989), “una de las múltiples formas de articular estos conflictos, como se verá más adelante, será la novela” (583). Este género le resulta interesante porque en nuestro país, en primer lugar, las novelas han sido escenarios privilegiados de diálogo ideológico entre autores liberales y conservadores, y en segundo lugar, porque en una nación fragmentada en distintas áreas culturales y geográficas, en pugna entre ellas, han sido vectores de representación de las distintas identidades regionales, así como del modo en que dichas identidades se relacionan las unas con las otras y problematizan su irremediable cercanía. En este contexto, la búsqueda de lo autóctono, representada por la conciliación de lo indígena con el pasado hispánico, adquiere preponderancia. Entre 1844 y 1858, los años respectivos en que aparecen *Ingermina* y *Manuela*, son publicadas otras 20 novelas de relativa calidad, entre las que se destacan *Huayna Capac* (1855) y *Atahualpa* (1856), de Felipe Pérez, las cuales, al igual que la primera novela mencionada, de autoría de Juan José Nieto, consisten en relatos heroicos que abordan el choque entre españoles e indígenas desde la perspectiva del conquistador europeo y alaban el mundo cultural que surge de este encuentro civilizatorio.¹³

Un importante testimonio de esta escritura y de su compromiso con lo estético y lo ideológico está constituido por los *Diarios de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia en los años 1840-1841*, escritos por la antioqueña María Martínez de Nisser (1812-1872), un texto “donde la autora consigna sus vivencias como participante en la revolución de los supremos, que tuvo lugar en Antioquia en 1840” (Aristizábal, 2007: 17).

¹³ Copia de la edición original reposa en la biblioteca virtual del banco de la república. El siguiente es el hipervínculo: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/atahu/indice.htm>

Pero afirma Aristizábal Montes que será la aparición de la obra de Soledad Acosta de Samper (1833-1913) “la que marcará la afirmación definitiva de la literatura femenina en Colombia, con libros como *Dolores, cuadros de vida de una mujer* (1867) y *Teresa la limeña, páginas de la vida de una peruana* (1868)” (7).

Hubo en esta tradición publicaciones importantes como *La biblioteca de señoritas*, que fue el primer periódico en el país concebido exclusivamente para lectoras. El semanario circuló semanalmente entre el 3 de enero de 1858 y el 30 de julio de 1859, y alcanzó los 67 números. Paralelamente, fueron importantes también los semanarios *La mujer* (1878-1881), *La familia, lecturas para el hogar* (1884-1885), o el periódico *El domingo* (1905-1906). Otras escritoras muy notables son Agripina Montes del Valle (1844-1872), Josefa Acevedo de Gómez. (1803-1861), Silveria Espinosa de Rendón (1815-1886), Agripina Samper de Ancizar (1831-1891), Bertilda Samper de Acosta (1856-1910), Waldina Dávila de Ponce (¿?-1900), Herminia Gómez Jaimes de Abadía (1861-1926) y Eva Ceferina Vergel y Marea (1856-1900) (Aristizábal, 2007: 9).

Habiendo dicho lo anterior, debemos hablar del estado del campo literario nacional. La literatura colombiana del XIX recogió la convulsión social dejada por las luchas de independencia, y debido al marco temporal y social que ocupó estuvo muy influenciada por los vaivenes de la política y marcada por el predominio del Romanticismo. En ese sentido, se caracterizó por la efusividad sentimental, la exaltación pasional de la naturaleza americana y la alabanza del carácter heroico de la lucha contra la opresión española. Esta literatura, inclusión hecha del indianismo, vino a satisfacer la necesidad apremiante de

fundar nuevos órdenes sociales, de rescatar o reinventar tradiciones históricas y legados culturales que legitimasen el discurso nacionalista republicano. En este afán, a veces se propugnó por el conservadurismo nostálgico de un costumbrismo jocoso y “parodiante”, aunque bastante más exacto en la descripción de la autenticidad racial y cultural de la región y la nación, y otras veces, por el tono reflexivo de una novelística empeñada en deliberar sobre las implicaciones de la modernidad en una sociedad en proceso de autoconstrucción.

Las novelas fundacionales aparecieron en este periodo como una expresión artística afín a los discursos políticos específicos del conservadurismo y el liberalismo en pugna. La escritura fue un espacio de batalla. El poder de los intelectuales para combatir en este campo residía en su uso elitista de la palabra escrita en una sociedad mayormente analfabeta. Los intelectuales eran la burocracia estatal y desde allí se configuró su labor. La ampliación de la educación a las mujeres, acompañada de una mayor modernización, y la urbanización produjo cambios importantes, pues las mujeres empezaron a formar parte o a liderar proyectos editoriales y a trabajar en el periodismo o en la escritura literaria.

Dentro de este marco se ubica la obra de Priscila Herrera de Núñez, oriunda de Riohacha, pero radicada en la capital colombiana. Su posición como letrada es doblemente difícil debido a su género y a su lugar de origen. Existe poca documentación sobre su vida. Las razones que se estiman válidas para explicar esta desinformación son variadas: al ser una escritora de una zona de frontera, como La Guajira, su resonancia a nivel nacional fue más bien limitada; y las posibilidades, y aun el interés de rescatar datos sobre su vida, fue

casi nulo en su época. En segundo lugar, no se referencia todavía un trabajo de recopilación documental que recoja bibliografía importante sobre la escritora, así que la tarea continua esperando ser emprendida.

Un tercer elemento a considerar es la precariedad de los archivos para el momento en cuestión: realidad aplicable a toda la región y el país. Por lo pronto, se sabe que en los círculos literarios capitalinos se le conocía con el seudónimo de “Paulina”. Como muchas damas de alta sociedad que escribieron para mediados del siglo XIX, el uso de pseudónimos garantizaba el anonimato en una sociedad llena de prejuicios hacia las mujeres situadas por fuera del ámbito doméstico. Algunos de los pseudónimos usados por escritoras de entonces son “Ana Dacier” (Dolores Toscano de Aguiar), “Andina” (Soledad Acosta de Samper) y Annie Mareshall (Ana Martí de Delgado).¹⁴

Bajo el nombre de “Paulina”, Herrera de Nuñez colaboró en varias publicaciones santafereñas importantes, mención hecha de *El rocío*, semanario católico editado entre 1872 y 1875 por Nicolás Pontón. Vallejo Murcia, Agudelo Ochoa y Meneses Cano (2011) afirman sobre este periódico:

Es una publicación con una marcada tendencia conservadora y religiosa. Durante sus cuatro años, y siete tomos, publica poesías, epístolas, narrativa, reflexiones, ensayos, crítica e historia literaria. Cuatro artículos merecen ser mencionados en tanto apuntan a la formación de la mujer e los valores del hogar, la familia, la sociedad y la fe católica: “Amor de las mujeres. A Emelina”, de Candelario Obeso; “Las madres. Historias morales

¹⁴ Tomado de: Otero, G. (1958). “Pseudónimos de escritores”. En *Thesaurus* Tomo XIII. (1,3).

e instructivas” de Carlos Frontaura”; “Las noticias biográficas i bibliográficas de escritores colombianos” por Isidoro Laverde Amaya, y “Parnaso. Galería de retratos, a media tinta, de las distinguidas escritoras colombianas”, de Bernardino Torres Torrente (170)¹⁵.

En *El rocío* también publicaron otros autores regionales importantes como el momposino Candelario Obeso y el cartagenero Manuel María Madiedo. Aparte de *Un asilo en la Goajira* (1879) e *Historia de una noche* (¿?),¹⁶ Priscila Herrera de Núñez es reconocida por la traducción al español de la novela *Luisa Mornard* (1873) de la francesa Leonie Meunier, melodrama de género epistolar en el que un narrador masculino relata a su madre el modo en que conoce, se enamora perdidamente y corteja a la joven y encantadora Luisa, quien al final viaja a Norteamérica rompiéndole el corazón. En cuanto a *Un asilo en la Goajira*, que es la obra por la cual se le reconoce, si bien técnicamente cuenta con fallas estructurales en el relato y la caracterización plana de los personajes¹⁷, encierra el mérito de romper con el estilo convencional de las autobiografías, géneros epistolares, diarios y confesiones que muchas autoras escribían en esa época.¹⁸

¹⁵ Interesante el trabajo de Publicaciones de Vallejo Murcia, Agudelo Ochoa y Meneses Cano (2011) “Fuentes periódicas para el estudio histórico de la literatura colombiana. Primera entrega”. En *Estudios de Literatura Colombiana*, (28). enero-junio, 2011. pp. 159-177.

¹⁶ El dato de esta segunda novela, sin fecha de publicación, es tomado del prólogo escrito por Rolando Bastidas Cuello en la edición del año 2007 de la gobernación de la Guajira. “De Priscila Herrera de Núñez no se sabe con exactitud en que año nació y en cual murió. Solo se conoce de esta dama riohachera que escribió dos novelas: “Un asilo en la Goajira” e “Historia de una noche”, según Rafael Romero Castañeda en su libro: “Autores magdalenenses”. “Un asilo en la Goajira”, es la primera novela escrita en la Guajira: (1879, como lo señala la autora al final del texto). Sin embargo, conviene precisar que la primera que se escribió en el otrora Magdalena Grande fue “El extranjero peregrino”, escrita por Ernesto Llanos (1848), novela que aún no hemos podido encontrar” (Bastidas, 2007, p.3).

¹⁷ Ciertamente, la novela no tiene los logros de *María* (1867), que recoge lo mejor de la tradición de la novela sentimental europea, y que tiene, entre otros méritos, una representación original del mundo natural americano, y una coherencia entre el principal hilo conductor (el idilio entre Efraín y María) y el adecuado engarce de los micro-relatos.

¹⁸ Las novelas sentimentales y románticas, y sus diferentes subgéneros, empiezan a ser asociadas, en el imaginario moderno, a los rasgos de la mujer escritora. El paradigma de mujer escritora que se inaugura con *Jane Eyre* (1847) de Charlotte Brontë desafía las convenciones sociales sobre el “apropiado” comportamiento

La novela, publicada en la revista *La patria* en 1879¹⁹, se vuelve innovadora por su abierta vocación etnográfica y por su capacidad de integración, en los términos más justos posibles, de un elemento cultural percibido como el “otro”. Esto resulta muy dicente si se contextualiza la situación política y administrativa de las provincias del país y el momento histórico ficcionalizado por la novela. Para Múnica Cavadía (1998), en un país devastado por múltiples guerras civiles, no existía para la época una comunidad imaginada desde la cual erigir una imagen coherente de nación. Lo que hubo, por el contrario, fue una situación de conflicto entre las distintas regiones. En esta situación las provincias y zonas de fronteras estuvieron sometidas al desamparo estatal:

al estallar la independencia no hubo una elite criolla con un proyecto nacional, sino varias elites regionales con proyectos diferentes que las clases subordinadas tuvieron una participación decisiva, con sus propios proyectos e intereses, desde los orígenes de la revolución de independencia (18-9).

Esta era una división a la vez geográfica, racial y cultural. El país se construyó en torno a un imaginario en el que se establecía una diferencia cualitativa entre “los Andes, habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las

femenino a través de la creación de una heroína que trabaja, demanda respeto y combina el auto-control con la pasión. Como dice Garrido Donoso: “Este potencial narrativo ha estado históricamente ligado a la escritura de mujeres como medio de expresión, definición de su subjetividad y parte de su creación literaria, algo que ha llevado a algunos autores como Didier (1981) a considerar la carta como el “género femenino por excelencia” o como afirma De la Torre (2009): “El género epistolar ha permitido la expresión a diversas mujeres, convirtiéndose así en una tradición femenina y feminista” (74) (2014, p.19). Garrido Donoso, Lorena. (2014): <https://dx.doi.org/10.4067/S0716-58112014000100002>

¹⁹ *La patria* fue publicada entre 1878 y 1879 por Adriano Paéz, quien fuera su editor y redactor, su orientación era explícitamente liberal y abarcaba únicamente literatura (. Vallejo Murcia, Agudelo Ochoa y Meneses Cano, 2011: 171).

selvas, los grandes llanos, habitados por las razas incivilizadas e inferiores” (24-25). *Un asilo en la Goajira* se desarrolla en el marco de las luchas políticas del estado del Magdalena, a mediados de siglo XIX, que ocasionan el largo exilio de la familia Silva en los territorios goajiros y que termina con su partida hacia la vecina Venezuela, en donde se reintegra a la “civilización”. Es esta una novela cuyas páginas presentadas marcados rasgos de “indianismo”

Según Prieto (1989), el “indianismo” se diferencia del “indigenismo” en el modo de representar al indio, pues mientras el indigenismo reflexiona sobre la problemática social del indígena, la novela indianista lo convierte en un elemento exótico. En este sentido, el indianismo es más bien una tendencia que surge en el marco del rescate romántico del pasado prehispánico²⁰. Tal tendencia indianista es un rasgo característico del ambiente intelectual de la época. Un ejemplo representativo de este tipo de obras, con el cual engarza la novela de Herrera de Núñez, es *Yngermina o la hija de Calamar* (1844), de Juan José Nieto, que inaugura la tradición indianista en el Caribe colombiano. Es importante señalarlo porque este tipo de novelística encierra un grupo muy peculiar de rasgos que Solano (2008) enuncia cuando sostiene que los elementos simbólicos propuestos en la literatura forman parte de:

Los diversos mecanismos desplegados para alcanzar la cohesión del colectivo poblacional depositario de la soberanía, ayudando a corporizarlo como una abstracción, el pueblo, y creando así el efecto de unidad que justifica a la nación de ciudadanos como la

²⁰ Prieto, R. (1989). “La representación del indio en la novela hispanoamericana corrientes de ayer, expresión artística de hoy”. En *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, (512-513). pp. 18-20.

base y el origen del poder político” (Quijada citado por Solano, 2008: 35).

El mundo intelectual republicano asignó a los distintos grupos sociales y raciales un lugar específico que las novelas decimonónicas recrearon a través del análisis de las relaciones entre los distintos grupos étnicos. De nuevo con Solano, “la novela histórica se convirtió en un instrumento formidable para hacer inteligible un mundo que recién salía del ‘caos’ del dominio colonial, al brindar la oportunidad de ordenarlo y juzgarlo en concordancia con los valores criollos” (Solano, 2008: 35). Langebaek (2007) ofrece ejemplos del interés que los aspectos del choque entre lo que se pensaba como “civilizado” y lo “salvaje”, encarnado en la imagen del indígena con toda su carga de contrastes raciales y sociales, despertaba en los autores colombianos de mediados del siglo XIX. En 1858, *El mosaico*²¹ de Santa fe defendía la novela indianista como forma de “rescate cultural” de los recuerdos originales de los primitivos habitantes. En ese mismo año, la *Biblioteca de señoritas*, participaba en la discusión en similares términos. Según Langebaek:

Desde luego el indígena, además de su posición de desposeído, encajaba perfectamente en el género de la narrativa histórica y ofrecía al público una importante enseñanza moral [...] El propio Andrés Bello había reconocido que ante la ausencia de datos exactos, la historia de las naciones americanas se debía escribir desde un “método narrativo” que diera “vida histórica a masas de hombres y personajes individuales. (Langebaek, 2007: 50).

²¹ “El mosaico” se publicó entre los años 1858 y 1872, según Gordillo Restrepo: “La tertulia de *El Mosaico* apareció en Bogotá en el segundo semestre de 1858, con el objeto de llenar un doble vacío. Por una parte el que representaba la ausencia de instituciones orientadas al fomento de las artes y de la literatura en el país. Por otra, el que correspondía a la impresión vivida por la elite cultural de un decaimiento de la vida social, manifiesto en un embotamiento de la vida asociativa del que únicamente se salía de cuando en cuando con las fiestas cívicas y religiosas, así como con algunos eventos sociales excepcionales que rompían la rutina diaria como matrimonios y entierros” (2003: 25). Gordillo Restrepo, Andrés; (2003). “El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX”. En *Fronteras de la Historia*, (3). PP. 19-63.

En *Un asilo en la Goajira* se encuentra, en su afán por narrativizar el mundo goajiro, “una mayor conciencia de la vida del salvaje como opuesta a la vida del civilizado” (Langebaek, 2007, p.52). El relato asume así el contraste racial y cultural entre los legados hispánico e indígena, así como los conflictos políticos, ideológicos y regionales que surgen en torno a estos contrastes. Para poder hablar de esto, no obstante, es necesario abordar algunas problemáticas presentes en el desarrollo de la novela y en las connotaciones de sus personajes.

3. UNA REFLEXIÓN ALEGÓRICA: LOS SENTIDOS SOCIALES DEL TEXTO COMO CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Hay respecto al debate sobre la alegorización social de los textos un punto en común: sin importar desde donde hablen los académicos, todos parecen coincidir en que el trabajo de Frederick Jameson constituye el fundamento de esta corriente de análisis. Relacionado con el “nuevo marxismo” norteamericano, Jameson fue profesor de Literatura e Historia de la Conciencia en la Universidad de California, y hacia 1986, mientras ejercía el cargo de jefe de su departamento, escribió un artículo titulado “Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism”²², que, poco después de ser publicado en la revista *Social Text*, ya se había convertido, a pesar de su poca extensión, en uno de los hitos más recurridos del debate literario contemporáneo. El eje central de su argumento puede resumirse en las siguientes palabras:

²² Jameson, F. (1986). *Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism*. En “Social Text”, (15), pp. 65-88.

[...] déjenme ahora, a modo de hipótesis general, tratar de decir lo que todas las producciones culturales del tercer mundo parecen tener en común y lo que las distingue radicalmente de sus formas culturales análogas en el primer mundo. Los textos del tercer mundo son necesariamente, quiero argumentar, alegóricos, y lo son de una manera muy específica: son para ser leídos como lo que llamaré alegorías nacionales, incluso cuando, o tal vez debería decir, sobre todo cuando, sus formas se desarrollan a partir de maquinarias predominantemente occidentales de representación, como la novela. (Jameson, 1986: 69)²³.

Para Jameson la experiencia de lectura ha sido generalmente una experiencia privada, y como tal, solemos pensar que no es completamente asimilable a las abstracciones de la economía y de la política. No obstante, al ser un espacio de poder, una forma de discurso normativo, podemos rastrear en los textos una serie de dinámicas culturales implícitas, siempre y cuando tengamos un conocimiento contextual de las condiciones de construcción de tal narrativa. Porque la alegoría es siempre algo que se puede leer entre líneas. Esto se hace más evidente en el caso de las zonas geopolíticamente periféricas, porque las condiciones de opresión y subordinación impactan con más fuerza en la psique del artista y de allí literalmente “pasan” a la realidad que su obra recrea:

Voy a argumentar que, si bien podemos conservar para mayor comodidad y para el análisis categorías como lo subjetivo y lo público o político, las relaciones entre ellos son totalmente diferentes en la cultura del tercer mundo. Los textos del tercer mundo, incluso los que son aparentemente privados y están

²³ En el original: “Having made these initial distinctions, let me now, by way of a sweeping hypothesis, try to say what all third-world cultural productions seem to have in common and what distinguishes them radically from analogous cultural forms in the first world. All third-world texts are necessarily, I want to argue, allegorical, and in a very specific way: they are to be read as what I will call national allegories, even when, or perhaps I should say, particularly when their forms develop out of predominantly western machineries of representation, such as the novel” (Jameson, 1986: 65-68).

investidos de una dinámica propiamente libidinal, necesariamente proyectan una dimensión política en forma de una alegoría nacional: la historia del destino del individuo siempre es una alegoría de la situación de asedio de la cultura y la sociedad del tercer mundo (Jameson, 1986: 69)²⁴.

Una opinión similar, llevada a un campo algo diferente, esto es, el de la escritura en regímenes poscoloniales, es que lo alegórico permite que los textos arrojen sentidos políticos más allá de lo ficcionalmente denotativo. Para la crítica, a través de un ejercicio de deconstrucción, los signos literales previamente establecidos (las palabras, frases, párrafos, capítulos enteros) en la narración, pueden ser interpretados como ideogramas, los cuales se relacionan con las temáticas específicas de las literaturas formadas por el impacto colonial europeo, y aparecidas durante la construcción de los nuevos estados nacionales en las excolonias. Esto significa, a la larga, que en un “enfoque postcolonial subversivo, los escritores se apropian de la alegoría y la usan regularmente para interrogar a la historia” (Slemon en Adams, 1987: 11).

Para aquellos de estos artistas que sienten que su legado ha sido cegado, u oscurecido por un discurso de poder, el uso de la alegoría se transmuta en un medio para formular maneras diferentes de concebir el antes y el ahora de las sociedades que habitan. En ese sentido, el uso de la alegoría viene a cuestionar el concepto mismo de poder y su ejercicio en sociedades tremendamente desiguales. Lo anteriormente dicho, en lo que se refiere al

²⁴ En el original: “I will argue that, although we may retain for convenience and for analysis such categories as the subjective and the public or political, the relations between them are wholly different in third-world culture. Third-world texts, even those which are seemingly private and invested with a properly libidinal dynamic necessarily project a political dimension in the form of national allegory: the story of the private individual destiny is always an allegory of the embattled situation of the public third-world culture and society”. (Jameson, 1986: 69).

tema que nos ocupa, parece trazar un derrotero interpretativo no solo para la narrativa decimonónica hispanoamericana, en general, sino para *Un asilo en la goajira*, el objeto de nuestro análisis, en particular.

4. HILO NARRATIVO, PERSONAJES Y ALEGORÍAS SOCIALES

La fábula se ubica en las luchas intestinas por el poder político en el antiguo Estado del Magdalena Grande²⁵. El 14 de agosto de 1867, el general Felipe Arias ataca la ciudad de Riohacha, cuyas fuerzas de defensa están bajo el comando del caudillo general José Luis Herrera. La desigualdad de fuerzas acaba por someter a los defensores de la urbe, que es arrasada por el fuego: “escena digna de los soldados del bárbaro Atila o del feroz Francis Drake cuando llenó de espanto, de terror, a todos los habitantes de la incendiada ciudad” (Herrera de Núñez, 2007: 30). Tras la sangrienta contienda, la viuda de la familia Silva – una de las familias más prestantes de la población –, huye con sus dos niños hacia el exilio, dirigiéndose a la rancharía “El pájaro”, localizada en territorios goajiros: “la inconsolable viuda, sola con sus hijos, iba a llorar en aquellos desiertos la destrucción de su cara patria y su propia ruina, consumada con la pérdida del mejor de los esposos” (33).

²⁵De acuerdo con Camargo Rodríguez (2011), en la época de los Estados Unidos de Colombia “las estructuras políticas sociales y económicas del país se vieron transformadas por cambios tanto en el poder político como por la coyuntura internacional” (148). La constitución del 1863 adoptó el federalismo como sistema de gobierno, lo que resultó en la creación de nueve estados: Antioquia, Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima. El estado del Magdalena se caracterizó por la presencia de tres sectores políticos: los radicales, los liberales independientes y los conservadores, que se enfrenaron tanto en las guerras civiles como en los conflictos regionales (1860, 1867 y 1876) respectivamente. El conflicto descrito en la novela enmarca la llamada “Revolución de 1867”, “que enmarca la toma dictatorial del poder por parte de Tomas Cipriano de Mosquera” (163).

Los años pasan en la ranhería: los dos niños crecen, y a pesar de las penurias padecidas, se convierten en dos jóvenes hermosos, en especial María, la hija mayor. Tanto así que “los indios la admiraban como un ser superior; si ella hubiera sido pagana habría podido hacerse adorar por aquellos indios salvajes” (59). Eventualmente, la belleza de la joven se convertirá en motivo de querella, pues Blas, caporal o jefe de una ranhería rival, inicia una confrontación con la gente de “El pájaro” para apoderarse de la joven. Allí, líder de “El Pájaro” y amigo personal de los Silva, ataca “al caporal Blas” y “horrible algazara” se arma “entre uno y otro bando” (65). El infractor resulta vencido y los Silva entienden que su exilio en territorio indígena ha llegado a su término. Deben regresar. Parten entonces a Venezuela, donde María contrae matrimonio con un joven criollo y su hermano menor, José, adquiere una educación occidental.

Fiel al espíritu romántico, vemos en esta novela una descripción más rica en detalles del panorama humano y natural con respecto a la literatura del periodo inmediatamente posterior a la independencia, lo que contribuye a redefinir las maneras tradicionales de pensar los ámbitos ecológicos y sociales de los nuevos territorios nacionales.²⁶ En ese ir más allá, el relato puede ser interpretado como una alegoría nacional en el sentido

²⁶ De acuerdo con Acosta Peñalosa (2010), durante el periodo posterior a la independencia, la novela consolidó su papel social. Por una parte, resaltó la importancia del iluminismo en el proceso de independencia, por otra parte, se encargó de hacer explícita la intención de reescribir heroicamente el pasado: “Por ejemplo, la lectura de José Hilario López en sus *Memorias* quizá mostraba a sus lectores las grandes pasiones que daban origen a las contiendas, pero como a la vez, habiendo tenido fija la mirada sobre las acciones independentistas contra los españoles, daban cuenta de sus diferencias frente a la figura del Libertador y las decisiones a las que se verían abocados los actores políticos ante los cambios que producía el largo proceso de independencia”. Según la autora, la novela histórica unió la visión ideal del pasado con el recuento histórico. Las obras de Caicedo Rojas, Felipe Pérez, José Joaquín Borda, Soledad Acosta, y Juan Francisco Ortiz son ejemplos de esta tendencia: “La representación del pasado histórico permitió la rearticulación de la experiencia histórica nacional. Imaginar fue reconstruir la historia y darle su poder a la memoria, según las preguntas que desde el presente se formulan los escritores que participaban en su escritura. Se encontró en la literatura la manera de ordenar el pasado a través de la palabra”.

planteado por Jameson, tal cosa es pertinente porque, como he sostenido antes, posibilita el rastreo de las dinámicas culturales implícitas en la elaboración de la trama y los personajes a través de un acercamiento a las condiciones contextuales de construcción de esa narrativa. Ahora bien, este enfoque alegórico debe complementar, no soslayar el carácter literario de la obra, y su elucidación es tarea del crítico e investigador desde su propio horizonte de lectura. Sin embargo, el hilo conductor de esta perspectiva, que pretendemos implementar en nuestro caso, es que durante el periodo posterior a la independencia latinoamericana, la narrativa construye una representación simbólica de la nación, y en este sentido, la alegoriza²⁷. Sin estar propiamente situado en el paradigma de Jameson, el análisis que Sommer (1993) hace de novelas como *Amalia* (1851), de Mármol; *Sab* (1841), de Gómez de Avellaneda, o *Martin Rivas* (1862), de Blest Gana, sería un ejemplo de cómo este enfoque puede aplicarse en el terreno de la investigación literaria.

En ese sentido, para hablar del panorama humano, hablaremos de lo que encarnan cada uno de los personajes. En primer lugar, Alí Silva, muerto durante la toma de Riohacha, encarna el pensamiento patriótico exacerbado en la defensa de los ideales democráticos. Su muerte representa la victoria injustificada de los caudillismos despóticos contra los preceptos de la autonomía regional, del buen gobierno modernizador y de la libre empresa:

[...] el gobierno de Santa Marta cometía grandes injusticias con el departamento de Padilla. Es bien sabido que las injusticias agotan la paciencia de los pueblos y los lanza a

²⁷ Según Schmidt (2000), en Latinoamérica, “las alegorías nacionales son el resultado —o, en el nivel estético, las representaciones— de la situación poscolonial, de la inestabilidad del Estado nacional y del sujeto poscoloniales” (p.182).

las revoluciones. Los naturales de aquel departamento son activos y valientes hasta la temeridad; el yugo impuesto por los samarios los tenía exacerbados y resolvieron romperlo pronto: estaban cansados de él. Silva era muy patriota, amaba a su país natal [...] las glorias o las desdichas de Riohacha, eran sus desdichas o glorias propias (39-40).

En segundo lugar, tenemos una oscilación entre las ideas de venganza, que la novela asocia a la violencia política de la época –propia de “los civilizados, que siendo hermanos se llaman enemigos y se portan como tales” (42)–, y en menor medida, y de manera parcial, los “instintos vengativos del salvaje y sus falsas ideas religiosas” (60) –propios de la supuesta barbarie pagana de la cosmovisión indígena–. Allí expone con claridad la violencia de estos instintos cuando afirma que “es necesario” vengarse “de los malos, y castigar sus delitos” (47). Igual convicción expresa el personaje de José, el menor de los Silva, cuando el relato nos hace saber que su madre mira con alarma justificada los “ímpetus de odio y de comprimida cólera” (60) evidenciados en la fisionomía del niño.

Como contraste, la voz narrativa propone, de boca de María y su madre (sus protagonistas femeninos), la importancia de la serenidad y la resignación como valor cristiano: “dios nos manda perdonar a nuestros enemigos” (47), asegura la señora Silva. Estos mismos valores morales occidentales son defendidos con gran ahínco por María, hija mayor del matrimonio Silva, lo que se evidencia cuando, tras el episodio del enfrentamiento de la ranchería “El pájaro” con la ranchería del caporal Blas –ante la inminente derrota y muerte de este último–, la joven logra salvar la vida de quien ha afrentado su honor, justamente con la apelación al supremo valor del perdón: “valientes como tú no deben matar jamás a un hombre vencido” (66), dice a su amigo Alí. Y con ello

inclina la balanza axiológica hacia una concepción cristiana, considerada superior y deseable desde la inclinación marcadamente etnocéntrica del yo narrativo.

Por otra parte, si se quiere, puede verse en estos personajes, y en su condición por igual atormentada, una pregunta por la validez moral de la narrativa histórica.²⁸ El eje axiológico de *Un asilo en la Goajira* postula un ser humano que resulta tensionado entre la necesidad perenne de convertirse en actor fundamental de la historia (de la que vive personalmente como individuo y de los cambios históricos decisivos de su tiempo y lugar) y la existencia inexorable de la fatalidad: “tu inocencia te impide conocer la inmensa desgracia que nos abrumba”, le dice María a su joven hermano, “tú no puedes comprender nuestra pena, por eso ríes y estás alegre” (51), ante lo cual, como lectores, nos preguntamos: ¿es posible superar la tragedia, el conflicto y la injusticia flagrante?

La novela de Herrera de Núñez plantea una respuesta discordante. Por un lado, tenemos a los esposos Silva, sujetos comunes que, por fuerza de las circunstancias, quieren hacerse partícipes del cambio histórico, pero pierden la apuesta ideológica y política que han hecho.

²⁸ Según Curcio Altamar (1957), en la narrativa colombiana del siglo XIX predominaron la novela histórica de corte romántico, en parte asociada a la temática del indio, la llamada novela post-romántica, caso relevante de *María* (1867) de Isaacs, junto a la novela poemática, costumbrista, realista y modernista. En el caso concreto de la novela romántico-histórica, el autor sostiene que tal permitió representar el pasado de acuerdo con los presupuestos de la recién adquirida experiencia histórica nacional. La literatura fue la forma de darle al pasado un orden coherente a través de la creación literaria, todo esto en el marco de tensiones de orden cultural e ideológico. En palabras de Acosta Peñalosa: “El siglo XIX, se ha dicho, fue el de la historia, sobre todo después de tres siglos de dependencia de tradición hispánica. Para los neogranadinos era un reto remontarse a ese momento que pertenecía a un pasado más o menos reciente, que marcaba un antes y un después, y que a la vez determinaba una toma de partido sobre las actuaciones que debían asumirse en el presente. A esta actitud, se sumó la concepción que sobre el pasado existía para los neogranadinos. Era una muy fuerte tensión y probablemente una sensación de crisis: consistía en participar de una realidad nueva, en la que el período de la independencia marcaba una diferencia con el pasado colonial y con aquél que de alguna manera se hacía legendario y distante, como era el que había transcurrido tres siglos atrás con la conquista y más distante aún en el pasado indígena” (2010).

Y por otro lado, tenemos a una viuda, única sobreviviente del matrimonio, y a sus dos hijos, tremendamente sensibles, que terminan siendo víctimas de una historia en la que no han tomado lugar alguno, injustamente desdibujados por ella. La respuesta del conflicto parece quedar inconclusa en el relato, imperfecta, como una contradicción. Algo ha quedado por escribirse:

La señora Silva estaba tranquila al lado de sus hijos; pero el recuerdo del esposo perdido, la ausencia de la tierra natal, que quizá no volvería a ver jamás, y sus pesares de once años, habían impreso en su semblante un sello de tristeza, y eran el tormento constante de aquella infeliz expatriada, que tal vez moriría en extranjera tierra, sin que nadie más que sus hijos supiera quien era, quien fue... (Herrera de Núñez, 2007: 72).

5. ESBOZOS DE UNA INCIPIENTE “ECOPOÉTICA” Y LAS PARADOJAS DE LA REPRESENTACIÓN ETNOGRÁFICA

En *Un asilo en la Goajira* el paisaje humano y cultural se erige como metáfora del sentimiento individual. El árido bochorno goajiro –los “arenales malditos” de los que habla Allí (46)– y la precariedad de la aldea, circunscriben la reciente miseria y las vicisitudes interiores de la señora Silva a un entorno descrito de modo desolador: “la señora Silva [...] hacía muchas horas que caminaba con febril agitación, muda y con su hijo en los brazos. Huía de aquellos lugares tratando de desechar los tristes pensamientos que la torturaban” (45). Más adelante, conforme la historia se desarrolla, hay una descripción más “amable” del paisaje, en la medida en que el mismo se transforma en espejo de una serenidad adquirida amén de las dificultades: “Se fue acostumbrando la señora Silva insensiblemente

a la vida tranquila de la ranhería” (57). Así mismo, la manera en que la voz narrativa construye el paisaje responde a un intento de caracterización atenta de un ecosistema dinámico y de una conciencia integrada al mismo:

Esta ranhería tenía a su frente, y no muy distante, la hermosa vista del majestuoso Atlántico, de agitadas y bulliciosas olas. A lo lejos se divisaba la punta del Macuira, célebre cerro donde, según la creencia de los goajiros, hay un lugar llamado Itú destinado para la morada de las almas de los indios ricos; porque entre ellos solo peaches (médicos) van al cielo llamado Aitú. Las almas de los indios pobres permanecen separadas de las demás en Jepira, lugar situado en el cabo de la vela (53-54).

Este “romanticismo” de la descripción bien podría considerarse una reapropiación positiva del entorno, dada la larga historia de degradación simbólica de las ecologías humanas y naturales padecida por otras narrativas sobre la región.²⁹ Visto desde una etnografía llena de prejuicios, el carácter primitivo de la psique caribeña se explicaría, en parte, por las características raciales de la población y por las condiciones climáticas imperantes.³⁰ Podría pensarse, en consecuencia, que los personajes están esencialmente

²⁹ Según Alfonso Múnera Cavadía (2005) la construcción de una imagen o visión de la geografía nacional efectuada por los intelectuales de la región andina, la cual se posicionó como una visión predominante en las elites colombianas, planteaba la superioridad racial y cultural de dicha región frente a los territorios periféricos como la costa Caribe, habitados por gran cantidad de indios, negros, mulatos y mestizos. Múnera ubica estas ideas en los textos de importantes hombres de letras de la época como Francisco José de Caldas, José Ignacio de Pombo y José María Samper. Su visión de nación, de acuerdo con el historiador cartagenero, expreso la voluntad de las elites capitalinas de otorgarle orden cultural y político a un territorio fragmentado y étnicamente diverso, para edificar una nación en la cual la superioridad social del elemento andino estuviese garantizada. Este mito fundacional de la nación colombiana, predominante en el periodo de nuestra autora, arrojó un velo sobre los conflictos entre las distintas elites regionales, que a lo largo del siglo buscaron consolidar su propia posición de poder y privilegio.

³⁰ Alfonso Múnera (1998) provee abundante bibliografía al respecto: Eric Vau Young, «Haciendo histeria regional: consideraciones metodológicas y teóricas,» y Carol A. Smith, «Sistemas económicos regionales: modelos geográficos y problemas socioeconómicos combinados,» en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región y Historia en México (1700-1850). Métodos de Análisis Regional* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1991). pp. 37-99. Ver, además, entre otros, Germán Colmenares, «La nación y la historia

determinados por su propia simpleza y por el ambiente hostil en el que se desarrollan. *Un asilo en la Goajira* va en una dirección contraria: el mundo exterior se complejiza, deja de ser un estereotipo y adquiere su valor mediante el filtro de la interioridad de quien narra. Y desde allí, precisamente desde los valores propios de la posición de letrada en la que se encuentra Priscila Herrera de Núñez, la voz de la etnógrafa se confunde con la de la esteta y la dama de alcurnia:

Los indios goajiros observan con mucha exactitud las leyes de la hospitalidad. Generosos y caballerosos, ceden con gusto la habitación al primero que se las pide, sin ninguna remuneración, y si es una señora quien la toma, no vuelve el goajiro a aparecer en el rancho hasta que ella voluntariamente la haya abandonado, rasgo de delicadeza muy notable en un salvaje (44).

Así, la manera en que se describen la historia, las prácticas culturales y el ecosistema mismo tiene una relación directa con las sensaciones e ideas de los actuantes, especialmente de la señora Silva. Tampoco cabe duda de que, frente a la poca representación directa, la focalización omnisciente siempre funciona como un filtro que sugiere interpretaciones posibles de eventos e individualidades. Al hablar del niño Silva, la voz narrativa lo describe como “sin ninguna educación”, y luego nos deja inferir cuál sería el posible futuro de un joven de sus características en medio de semejantes condiciones. El relato, en este punto,

regional en los países andinos, 1870-1930. (trabajo leído en el coloquio patrocinado por el Programa de Estudios Latinoamericanos del Woodrow Wilson International Center for Scholars, Smithsonian Institution, Washington, D. C., abril 21 de 1982) y «Región-nación: problemas de poblamiento la época colonial,» en *Revista de extensión cultural* No. 27-28 (Medellín: Universidad Nacional, 1991), pp. 6-15; Renán Silva (ed.) *Territorios, regiones, sociedad* (Bogotá: Universidad del Valle-Cerec, 1994). Ver, carta de José Ignacio de Pombo en Hernández de Alba, Guillermo (ed.), *Archivo epistolar del sabio naturalista 1011 Celestino Mutis* vol. 4 (Bogotá, 1985); también ver, Caldas, «Estado de la geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y al comercio, y «El influjo del clima sobre los seres organizados,» Francisco José de Caldas. *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. 3 vols. (Bogotá, 1942), vol. 1. pp. 15-54 Y 136-196. (Munera, 1998, p.28).

entra en el terreno de las inferencias y suposiciones: “(José) metido entre los salvajes, su odio lo arrastraría sabe Dios a dónde” (61). El uso de la palabra “salvaje”, repetida en diferentes ocasiones a lo largo del texto, nos sitúa ante una paradoja. Por una parte, el relato intenta una descripción acuciosa de la cultura local y su relación con el entorno, que pretende valorizar al mundo goajiro frente el lector educado occidentalmente:

Si nuestros gobiernos pensarán seriamente en la civilización del rico y extenso territorio goajiro, Colombia ganaría mucho en todo sentido. Treinta o cuarenta mil indios útiles y esforzados aumentarían su población, y la inmensa riqueza que permanece afincada en aquella península, circularía por sus magníficos puertos, aumentaría el comercio y colmaría las arcas de la nación (45).

Por otra parte, en las connotaciones de la misma palabra se evidencia un lugar enunciativo que oscila entre la admiración por la idea de libertad que encarna el indio primitivo y el desprecio por la carencia de la delicadeza y verdad moral de la tradición occidental judeocristiana. La manera como se describe a Alí es ambivalente, en ese sentido: “El indiecito era también *algo civilizado*, y lo mismo que su madre, de noble y generoso corazón” (43. Las cursivas son nuestras). Lo que se evidencia es que el valor e interés que como persona puede llegar a tener Alí o cualquier indígena a los ojos del narrador reside en su grado de acercamiento o alejamiento de un ideal “civilizatorio”. Es desde una óptica como esta que se justifica la actitud misionera de las Silva, su forma condescendiente de desprecio cultural: “Se fue acostumbrando la señora Silva insensiblemente a la vida tranquila de la ranchería, y ella y María se propusieron enseñar a los dóciles indiecitos los saludables preceptos de nuestra santa y sublime religión” (57).

Por último, hay elementos de crítica social más general. El mundo goajiro sirve de ejemplo crítico al legado social, económico y racial del mundo republicano.³¹ El relato trasluce un innegable desencanto con respecto a las relaciones de poder que han moldeado por siglos la vida de la región:

[...] a nosotros los colombianos, nos falta tiempo para pensar en las fratricidas guerras civiles, que solo sirven para desacreditarnos con las naciones extranjeras, para empobrecer y barbarizar cada vez más a nuestro propio país y para engendrar odios y rencores inextinguibles (45).

En este sentido, la historia de Herrera de Núñez testimonia de manera bastante fiel las exclusiones violentas que han caracterizado una época concreta de nuestro país, una historia marcada por las diferencias de intereses y el desprecio existentes entre el mundo andino y el caribeño, por la erupción frecuente de guerras civiles y de conflictos regionales, por el etnocentrismo y el desprecio por la cultura indígena, y por la discriminación política y social de vastos sectores de la sociedad. En esta descripción, como lo hemos señalado anteriormente, la dimensión simbólica juega un papel primordial. El duro paisaje alude y

31

Según Gutiérrez Ramos (2002), la inserción de las comunidades indígenas dentro del Estado-nación colombiano del siglo XIX mostró las ambivalencias del proyecto nacional adoptado por las élites criollas. Si bien este proyecto planteó la existencia de una comunidad política de ciudadanos libres e iguales, con derechos y obligaciones, el estado no pudo erradicar de inmediato la herencia colonial. Debido al menosprecio de esas “civilizaciones salvajes” se aplicaron medidas conducentes a la paulatina desintegración de las comunidades indias, con el fin de “civilizar” al indio y lograr su incorporación en la comunidad nacional. Con este objetivo, la política republicana suprimió el tributo indígena y propuso la abolición de los resguardos. Estas medidas políticas, jurídicas y sociales de asimilación tuvieron un éxito relativo debido a los múltiples contextos políticos, sociales, étnicos, culturales y regionales, pero sin duda evidencian el grado de prejuicio existente hacia los habitantes indígenas del país.

refleja el trágico sentimiento individual de los actuantes, y en esa medida, el mundo goajiro trasluce, de manera secundaria, un desencanto con la dura realidad social del mundo posterior a la independencia y con las relaciones de poder que han informado a la región hasta hoy.

Lo que intentamos decir es que la novela está mediada por una serie de elementos ideológico-políticos, emocionales y estéticos que se plasman en el discurso: dentro de la obra, se deja ver el punto de vista de una mujer criolla y letrada, perteneciente a una elite nacional emergente, que encuentra en la narrativa histórico-romántica un modo de romper con el legado colonial neoclásico y legitimar históricamente un proyecto político autónomo, sin abandonar nunca los presupuestos de superioridad racial y cultural que enmarcan el proceso de construcción de la ciudad letrada latinoamericana. Esto se expresa en aspectos textuales tales como el léxico con que se describe al “otro” y los campos semánticos peyorativos que dicho uso lexical crea, así como en las presuposiciones e implicaturas que plantean una visión paternalista sobre lo indígena, y en el sentido de preeminencia social “blanca” implícito en la recurrencia de las convenciones de cortesía y de intercambio conversacional que privilegian los modos europeos y el uso de la palabra por parte de los personajes “civilizados”.

Esta estructura genérica y estilo evidencian cómo las diversas tensiones de su contexto socio histórico influyeron fuertemente en la sensibilidad creadora de Priscila Herrera de Núñez. Apreciamos, así mismo, la novedad de una forma de descripción más rica en detalles humanos y naturales del mundo goajiro, importantes para la época, porque

contribuyen a la redefinición de las maneras habituales de pensar los ámbitos en los cuales se desarrollaban las historias propias del indigenismo en la literatura colombiana del diecinueve. Con respecto a esta diferencia, Acosta Peñaloza (2010) sostiene que, a diferencia de lo que plantea *Un asilo en la Goajira*, la narrativa colombiana de mediados del diecinueve hizo de la literatura una forma de relatar el pasado que tuvo como recurso principal la apelación a un yo narrativo heroico, participe directo de las gestas y proezas definitorias de la nacionalidad, marcada, principalmente, por un tono personalista que hacía una distinción tajante entre lo colectivo y lo privado. En ese sentido, abundaron las autobiografías y memorias de personajes influyentes, que reflexionaban sobre los diversos aspectos involucrados en cada acto histórico llevado a cabo:

Por ejemplo, la lectura de José Hilario López en sus *Memorias* quizá mostraba a sus lectores las grandes pasiones que daban origen a las contiendas, pero como a la vez, habiendo tenido fija la mirada sobre las acciones independentistas contra los españoles, daban cuenta de sus diferencias frente a la figura del Libertador y las decisiones a las que se verían abocados los actores políticos ante los cambios que producía el largo proceso de independencia (Acosta Peñalosa, 2010).

Siguiendo con este autor, abundaron también, en contraste con lo que nuestra novela plantea, los himnos y cantos heroicos y las obras teatrales representadas en las efemérides. Estos textos conformaron una tradición narrativa y poética que incluye a escritores como José Domínguez Roche, José Fernández Madrid y Luis Vargas Tejada.³² Esta tradición tiene continuidad con las obras de corte indianista, entre las cuales sobresale la novela *Los gigantes* (1875), de Felipe Pérez, que plantea al elemento indígena como parte fundamental

³² Según Langebaek (2007), Vargas Tejada fue autor de obras de teatro como *Nemequene* y *Saquencipá*, Fernández Madrid es el autor de *Guatimoc*.

de las luchas de independencia. En ese mismo sentido, Langebaek (2007), plantea un hilo cronológico que intenta dar cuenta de la tradición indianista en la Colombia del siglo XIX, postulando una serie de textos que abarcan a *Yngermina o la hija de Calamar-Novela histórica o recuerdos de la conquista* (1844), de Juan Jose Nieto; *Anacoana* (1865), de Temístocles Avella; *El último Rei de los muiscas-novela histórica* (1864), de Jesús Rozo, *Koralia: leyenda de los llanos del Orinoco* (1871) de José Joaquín Borda; y *Un asilo en la Goajira* (1879), de Priscila Herrera de Núñez.

6. (RE) CONSTRUIR LA “NUEVA NACIONALIDAD” DESDE LO FICCIONAL

Con omisión de otras opciones de análisis, estas páginas se ocupan de las razones por las cuales acercarse a la obra resulta de gran relevancia para la comprensión de los procesos de (re)construcción de la identidad nacional efectuados por las élites letradas de la Colombia decimonónica.³³ En principio, esta importancia se debe, de acuerdo con el pensamiento de Doris Sommer (2004)³⁴, al hecho de que la consolidación del Estado moderno en nuestro país y en todo el subcontinente ha estado sometida desde aquel siglo a las tensiones y conflictos existentes entre las distintas representaciones pensadas y planteadas por la respectiva “hegemonía cultural occidentalmente asimilada” en turno y la dimensión

³³ Hace falta, por supuesto, una indagación más profunda de los proceso de difusión de la novela, su recepción dentro y fuera de los cerrados y minoritarios sectores letrados. Sería bueno, en ese caso, preguntarse más por la forma en que los discursos que la elite vehicula a través de la literatura interactúan de manera relativamente activa con el limitado campo de sus receptores.

³⁴ Este libro delimita la correlación entre las novelas sentimentales y los principios nacionales en América Latina. Doris Sommer expone cómo el afianzamiento de los Estados y este género literario estuvieron conectados, y cómo lo íntimo y lo público construyeron un sentimiento patriótico durante el siglo XIX. En esa medida, analiza textos escritos entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, que ayudaron a establecer emblemas nacionales en la región: *Amalia* (1851) en Argentina y *María* (1867) en Colombia, por ejemplo. Estas novelas ayudaron a consolidar un proyecto cultural de nación en formación, legitimando discursivamente la nueva estructura social republicana.

popular, racial y simbólicamente híbrida inherente a las sociedades surgidas en esta parte del mundo.

Así las cosas, la representación del mundo “goajiro” visto en tal historia se inscribe en un esfuerzo más amplio, característico de la literatura hispanoamericana pos-independentista, que cual busca comprender y encarnar, con la mayor exactitud y verosimilitud posible, el desarrollo social de las jóvenes naciones indo-mulatas del “Nuevo Mundo” desde los modelos provistos por la tendencia realista-naturalista en boga en Europa. El mérito de alcanzar este punto intermedio, en este caso peculiar, consiste en que se logra conseguir una perspectiva más acuciosa y generosa de la otredad –la mujer, el indio, la región–, que resulta tal en la medida que viene provista de una más afortunada comprensión de la interrelación existente entre los diferentes elementos étnicos, religiosos, sexuales, políticos y económicos que se entretajan en la trama.

Estos logros no son para nada casuales. Si tomamos la idea expuesta antes como punto de partida, empezamos a notar los modos en que el relato vincula el pensamiento político a la ficción literaria. En ese sentido exacto, y más allá de cualquier planteamiento de orden estético, este vínculo evidencia cuán efectivo fue en su momento el proyecto de las élites letradas decimonónicas –la clase de Herrera de Núñez– de ofrecer una visión histórico-nacional propia opuesta a cualquier incoherencia o contradiscurso capaz de poner en tela de juicio su liderazgo en la consolidación del orden republicano. Visto bajo el lente de dicho planteamiento lo que evidencia *Un asilo en la Goajira* es que, en lo atinente a la

conformación inicial de la idea de “colombianidad” en la narrativa colombiana del XIX, sucede lo mismo que en el caso de las otras “nuevas” novelísticas nacionales latinoamericanas: hay claramente un proceso de reconfiguración logrado con base en reescrituras intencionales, mediadas, no queda duda, por un grado importante de ideología que permea el desarrollo de los relatos.

Por lo anterior estas reescrituras resultan ser, en menor o mayor medida, actos de poder, pues implican omitir o incluir deliberadamente idearios, grupos o prácticas en el espacio cerrado y políticamente cargado de la ciudad letrada, y hacerlo sin más herramienta que el arbitrio del propio interés, mentalidad o prejuicio. Por eso, a menudo, a los ojos del lector contemporáneo el *locus* de enunciación narrativo decimonónico hispanoamericano luce molesto e injustamente elitista, cuando no desobligante, o abiertamente discriminatorio, porque proviene de la ceguera del privilegio y la centralidad geográfica y/o social de su enunciador. Priscila Herrera de Núñez no escapa a estas circunstancias, pero por fortuna la cuestión es que su caso plantea una inversión política e identitariamente afirmativa de tal situación. En su narración, Herrera de Núñez, la dama-autora provinciana, decide, desde su lugar de preeminencia y desde su capacidad de usar las letras y entrar en la esfera ilustrada, ficcionalizar aspectos de la vida nacional y regional normalmente omitidos por los grandes relatos nacionales del romanticismo –costumbrismo en boga–. Así, lo cotidiano de una tierra aislada de la “evolución” histórica de la nación, de sus discursos fundacionales y sus símbolos y representaciones, entra en el circuito de los grandes sucesos republicanos que solo alcanzan su mayor visibilidad pública mediante un manejo diestro de la economía

narrativa convencional. En otras palabras, Priscila Herrera de Núñez llega a rescatar la importancia de lo marginado al insertarlo en un campo culto delimitado por las necesidades y valores de la clase educada gobernante. En ese sentido, la cultura autóctona “goajira” logra reafirmarse a través de un cumulo de acciones, vivencias y sentimientos de papel posicionados en una parte de la joven republica que había sido mayormente desconocida-invisibilizada hasta ese tiempo, aunque lo que valide definitivamente el ejercicio de Priscila Herrera de Núñez sea su total apego a las convenciones escriturales más estimadas por el gusto estético de la época.

Sin embargo, en la medida de la inversión que plantea, no basta pensar en *Un asilo en la Goajira* como una versión más del discurso regionalista-nacionalista elitista y heroico, pues el relato de Priscila Herrera de Núñez desmitifica en todo momento los falsos ideales republicanos de la “hombría” y el patriotismo jactancioso, rimbombante y sin sentido. Desde el principio la novela vemos cómo, gracias a estos falsos ideales, la nación –es decir, el orden legal y la voluntad popular que esta representa, y que son el pilar del pensamiento político romántico– queda sometida a los caprichos masculinos, estimulados por los vaivenes de la politiquería y el primitivismo de la violencia partidista. Así, el concepto clásico del héroe-protagonista, virtuoso y apolíneo, se ve reconfigurado y criticado desde una óptica femenina siempre en choque con una ideología machista deslucida, autoritaria y cruel en el ejercicio de la autoridad sobre quien resulta diferente. Estas múltiples razones nos llevan a sostener que el texto, más que cimentar un discurso de corte nacional

tradicional, constituye una abierta deconstrucción crítica de ciertos elementos patriarcales asociados al modelo de poder republicano en Colombia.

7. UN ASILO EN LA GOAJIRA: LA “COLOMBIANIDAD” ENTRE LO PÚBLICO Y LO INTIMO

Como ya hemos señalado, de acuerdo con Sommer (2004), hay una relación directa entre la narrativa y la edificación del imaginario de nación, en el caso de las jóvenes republicas hispanoamericanas del siglo XIX. En principio, el acto de escribir constituyó un intento de “rellenar los lugares vacíos”, las páginas en blanco de un mundo nuevo a la espera de ser expresado. Evidentemente, la misión “civilizadora” de la cultura Occidental es fundamental para esta literatura. Priscila Herrera de Núñez comenta sobre el personaje de José algo muy dicente en ese sentido, pues el carácter inconsistente del niño solo puede corregirse mediante la acción benéfica de la civilización “blanca”: “Aquel niño semisalvaje tenía gran talento y cualidades latentes que solo necesitaban estímulo para desarrollarse; José tenía necesidad de recibir una buena educación y de vivir entre gentes civilizadas, para domar su carácter y darle otra forma” (Herrera de Núñez, 2007: 61).

La novelística decimonónica fue, en ese sentido, la voluntad de escribir sobre una realidad que al igual que la subjetividad de José, es vista como un espacio en blanco, material y simbólicamente hablando.³⁵ En el transcurso de este proceso, la afirmación de un

³⁵ Sommer (2004) postula dos periodos de esta novelística: desde fines de las guerras de independencia hasta mediados de siglo, periodo que enmarca el ascenso del pensamiento liberal, la nueva clase comercial elabora una narrativa crítica del militarismo pos-emancipatorio, en donde resalta la misión civilizatoria del héroe

ideario político, diferente según el autor o autora, contribuiría a reafirmar la labor civilizatoria de la cultura letrada. La misma autora denominaría dicha condición como la “cualidad apasionadamente política de las novelas latinoamericanas” (Herrera de Núñez, 2007, p.20). En nuestro caso, ya desde la lectura inicial salta a la vista que *Un asilo en la goajira* enarbola por completo dicha cualidad: la trama es la tragedia colectiva del pueblo colombiano (metonimizado en el pueblo de Riohacha) en su estado de degradación y fragmentación colectiva (esa “cara patria destruida” del segundo capítulo) que elige zonas inhóspitas del imaginario y del territorio para escenificarse y desarrollarse. Esto refleja un posicionamiento ideológico-discursivo humanista y liberal que se proyecta en tres aspectos.

Primero, debido a su elección del aborigen, de su mundo desértico y “bárbaro” por sobre el *locus amenus* civilizado y los héroes occidentales tradicionales, *Un asilo en la Goajira* apoya, decididamente, la idea de la pertinencia contextual y la autonomía cultural de su propia voz narrativa. Esto, además, guarda en su caso una dimensión política, que no se desprende del todo del hábito idealizador del pensamiento ilustrado, y gracias a esto, dicho escrito intenta ser un medio promotor de la reflexión sobre los problemas nacionales y regionales: “hemos dicho ya que hacia algunos años que el gobierno de Santa Marta cometía grandes injusticias con el departamento de Padilla. Es bien sabido que las injusticias agotan la paciencia de los pueblos y los lanza a las revoluciones” (Herrera de Núñez, 2007: 39).

dotado de los nuevos valores europeos. *Amalia* sería un ejemplo palpable de lo que sostenemos. Predominan, en ese momento los retratos psicológicos y cuadros de costumbres. Por otra parte, desde mediados de siglo hasta la década de los Ochenta se da la explosión de los Melodramas –Romances tradicionalmente reconocidos como la gran literatura decimonona latinoamericana, caracterizados por su falta de distinción entre la ética política y la pasión erótica.

Segundo, en su falta de diferenciación entre la actividad política y los ánimos alterados, entre la vistosidad del gesto militar y la interioridad de los planos sensibles, la narración exhibe un “lastre de hábitos narrativos, de premisas (ideológicas) subyacentes” (Sommer, 2004, p.19) que, al ensalzar los vínculos entre la estabilidad social y el amor y tolerancia cristianas, cumplen una importante función de fondo y de forma: “Silva amaba a Riohacha con pasión, de la misma manera que amaba a su esposa y a sus hijos. Las glorias o las desdichas de Riohacha eran sus desdichas o glorias propias” (Herrera de Núñez, 2007, p.40). Sobre esto nos gustaría profundizar un poco más, y quisiéramos hacerlo partiendo de lo que va más allá de las realidades descritas en la obra misma. Antes, cabe aclarar que lo que mencionaremos a continuación resulta paradójico, en cierta medida, pues involucra dos subtextos alternativos, los cuales funcionan como posibilidades interpretativas que entran en juego sin superponerse la una a la otra.

Por una parte, tenemos lo siguiente: se supone, según sostiene Sommer (2004) para el caso latinoamericano, que en su afán de romper barreras y derribar las antiguas jerarquías y conflictos heredados de la colonia, el pensamiento liberal del periodo posindependentista planteó el mestizaje como la solución ideal a la inestabilidad política y la incertidumbre cultural que se vivía en esa época. Algunas veces, *Un asilo en la goajira* parece encajar dentro de esta forma de pensamiento, sobre todo cuando intenta exaltar la integración del elemento indígena a la sociedad occidental como medio de alcance de la tan anhelada unidad nacional.

Dicho de otra forma, es como si nuestra obra quisiera expresar lo más claro posible el mensaje de que, solo a través de la comprensión, aceptación e inserción del otro “atrasado pero aún rescatable de su atraso” en nuestro modo de vida “civilizado” podría lograrse la superación de las diferencias étnicas, religiosas, de pensamiento y de clase que en ese momento se percibían como nocivas para el orden, la paz y el progreso republicano. Si tal era nuestro deseo como lectores, entonces la asimilación del indio ofrecía un remedio a nuestra insatisfacción respecto a ese orden de cosas:

Si nuestros gobiernos pensarán seriamente en la civilización del extenso y rico territorio goajiro, Colombia ganaría mucho en todo sentido. Treinta o cuarenta mil indios útiles y esforzados aumentarían su población, y la inmensa riqueza que permanece trancada en aquella península, circularía por sus magníficos puertos, aumentaría el comercio y colmaría las arcas de la nación. (Herrera de Núñez, 2007: 44).

Creemos que la manera en que los esposos Silva interactúan con los indios goajiros al principio del relato representa la articulación de ese principio integrador, y que su capacidad de unión y entendimiento con quienes les son diferentes en aspecto y en costumbres alegoriza un ideal político pensado como incapaz de ser turbado por ninguna desavenencia ideológica:

Silva comerciaba con los indios goajiros, tenía entre ellos gran influjo, muchos compadres y amigos sinceros; porque los goajiros son leales y buenos con el que los estima y trata bien (...) la señora de Silva (...) hablaba muy bien el dialecto de los indios, y estos la querían, tanto por la amabilidad, dulzura y cariño con que ella los trataba, como por los frecuentes obsequio que les hacía. Los indios gustan mucho de los regalos y los estiman altamente. (Herrera de Núñez, 2007: 34)

A juicio de la voz narrativa, esta clase de interacción posibilitaba la tan deseada consolidación del proyecto independentista, y así, podía esperarse que de una mayor armonía social proviniese una mayor prosperidad y estabilidad. Esta aspiración, de acuerdo con Sommer, se construyó desde una narrativa situada “entre la familia pública y la privada, de un modo que puso al descubierto la contigüidad de los términos (público y privado), su carácter extensivo y no meramente analógico”. Este deseo de unión, asimismo, no dejó nunca de “imbricarse, o simplemente de duplicarse a sí mismo, en los niveles personal y político” (Sommer, 2004: 66).

Por otra parte, la forma en que se desarrolla y se resuelve el conflicto entre María, hija mayor de los Silva, y Blas, el caporal wayuu, resultaría contradictoria en relación con lo anteriormente expuesto. Esto, a nuestro juicio, plantea la existencia de un segundo subtexto, el cual radicaría en lo siguiente: en la imposibilidad de la voz narrativa de ver legítimamente la unión amorosa entre María Silva y Blas, y en el rechazo que la idea de la mezcla con la “sangre española” despierta en Alí, el indígena, *Un asilo en la Goajira* rompe con la visión tradicional del Romance, de su conjunto de recursos, tramas y repertorios, y en ese sentido, resulta distinta de la forma melodramática que, por ser predominante para un texto de sus características, cabría esperarse de ella. Lo que intentamos decir es que la novela, pese a su aparente modalidad “folletinesca”, constituye, en realidad, una excepcionalidad.

Donnete Francis (2010) sostiene que, aunque el Romance ha sido el modo en que la literatura popular ha entendido el desarrollo de las relaciones amorosas en las tramas narrativas desde hace por lo menos unos doscientos años, existen obras de este tipo que logran superar lo que ella considera como una representación artificial, para vencer el auténtico silenciamiento de la conflictividad inherente a una sexualidad estratificada en jerarquías socio- raciales infranqueables. La obra de Herrera de Núñez es claramente uno de estos casos. Lejos de la integración erótica que Sommer plantea como sustento de la representación nacional de la cultura en la literatura latinoamericana decimonónica, en nuestro relato los indígenas y criollos se mantienen separados sexual y culturalmente, en barreras estancas que en ninguno de los dos casos se siente la necesidad de franquear.

Apartándose de la supuesta felicidad final del melodrama, *Un asilo en la Goajira* da voz a quienes, hasta el mismo cierre de la historia, han sido víctimas de un orden de cosas cuyo bienestar y equilibrio, el texto es claro en decirlo, ha sido evidenciado como una mera apariencia. Es más, podría verse en el curso que la trama toma al final un reflejo de la construcción discursiva de la idea de la sociedad latinoamericana sobre su elemento indígena, un paternalismo que encierra un gran prejuicio que mucho del indigenismo del momento no se atrevió a declarar. Por ende, la novela nos permite reflexionar en torno a al modo en que ciertas nociones de ciudadanía se han reflejado en las relaciones íntimas. La exclusión de Blas como posible pareja de María corre paralela a la exclusión de las reales expectativas políticas de este último. El rechazo de la joven en el terreno de lo erótico es el rechazo del sujeto en el terreno de lo público.

8. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Sin duda, el diecinueve literario colombiano fue bastante conservador en el uso de técnicas y modelos, y si a esto se le suma una actitud peyorativa hacia la escritura femenina, entonces podemos entender los retos a los que se enfrentaba una mujer como Herrera de Núñez, la novela, en esa medida, es un claro testimonio del compromiso de la autora con lo estético y lo ideológico en un entorno poco propicio para el desarrollo de su labor artística. Y aunque la obra que hoy nos ocupa no sea muy lograda desde lo técnico, sin duda alguna encierra el mérito de romper con un estilo “femenino” convencional supuestamente representado por la autobiografía, la epístola, el diario y la confesión. La de Herrera de Núñez es estética narrativa siempre en pugna con el preconcepto de una feminidad literaria convencional. Otro valor sería su abierta vocación reivindicatoria de un elemento cultural discriminado históricamente.

Bibliografía

- Acosta de Samper, Acevedo de Gómez y Dávila de Ponce et all. (2003). *Escritoras colombianas del siglo XIX*. Bogotá: Fundación editorial epígrafe.
- Acosta Peñaloza, C. (2010). *La literatura sobre la independencia y la adquisición de una conciencia histórica* En “Revista Credencial Historia”, (251). Bogotá: Credencial Colombia. Extraído de
- Aristizábal Montes, P. (2007). *Escritoras colombianas del siglo XIX: identidad y escritura*. Cali, (Colombia): Universidad del Valle.
- Buenahora Molina, G. (2001). *Las publicaciones dirigidas al bello sexo y la educación femenina en Cartagena, 1871 – 1893* (Tesis de Pregrado). Recuperado de <http://190.242.62.234:8080/jspui/handle/11227/115>
- Aristizábal Montes, P. (2007). *Escritoras colombianas del siglo XIX: identidad y escritura*. Cali, (Colombia): Universidad del Valle.
- Camargo Rodríguez, A. (2011). “La institución militar en el Estado de magdalena 1857–1885” En *Revista Historia y Memoria*, No. 3. Año 2011, pp. 147 – 168.
- Curcio Altamar, A. (1957). *Evolución de la novela en Colombia*. Santa fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Francis, Donette. (2010). *Fictions of Feminine Citizenship: Sexuality and the Nation in Contemporary Caribbean Literature*. New York, (USA): Palgrave Macmillan.
- Gutiérrez Ramos, J. (2002). *Instituciones indigenistas en el siglo XIX. El proyecto republicano de integración de los indios*. En “Revista Credencial Historia”, (146). Bogotá: Credencial Colombia. Extraído de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2002/indigenistas.htm>
- Herrera de Núñez, P. (2007). *Un asilo en la goajira: novela histórica*. Riohacha, (Colombia): Gobernación de la Guajira. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/noviembre2010/literatura.htm> NOVIEMBRE DE 2010
- Jameson, F. (1986). Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism. *Social Text*, 15, 65-88.
- Jaramillo Castillo, C. (1989).”Antecedentes generales de la guerra de los mil días “. En Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Planeta. Pp. 64-88.
- Jaramillo, M., Osorio de Negret, B., y Robledo, A. (1995). *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX, Volumen 2*. Bogotá, (Colombia): Ediciones Uniandes.
- Langebaek Rueda, C. (2007). Civilización y barbarie: el indio en la literatura criolla en Colombia y Venezuela después de la independencia. *Revista de Estudios Sociales*, 26, 46-57.
- Londoño Vega, P. (1995s.f). “Las colombianas durante el siglo XIX”. En *Credencial Historia*, (68). Extraído de <http://www.banrepcultural.org/node/73270>
- Múnica Cavada, A. (2011). *El fracaso de la nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. La Habana: Casa de las Américas.

- Schmidt, f. (2000). *Literaturas heterogéneas y alegorías nacionales ¿Paradigmas para las literaturas poscoloniales?* En "revista iberoamericana. LXVI, (190). Pp.175-185.
- Slemon, S. (1987). Monuments of Empire: Allegory/ Counter-Discourse/ Post-Colonial Writing. *Kunapipi*, 9, (3), 1-16.
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá, (Colombia): Fondo de Cultura Económica.
- Williams, R. (1989). Los orígenes de la novela colombiana desde "Ingermina" (1884) hasta "Manuela" (1858). *Thesaurus: Boletín Del instituto Caro y Cuervo*, 44, (3), 580-605.

II

UN ASILO EN LA GOAJIRA

Novela histórica

PRISCILA HERRERA DE NÚÑEZ

I

Sombría y triste amaneció la mañana del 14 de agosto del año de 1867 para la floreciente ciudad de Riohacha.

Era la mañana del quinto día en que la sangre de hermanos corría a torrentes por las calles y plazas de aquella desventurada ciudad.

Mil y tantos hombres comandados por el general F.F. se batían con quinientos que al lado del general L.H. batallaban como leones.

Mucha desigualdad había en la lucha de aquellos dos ejércitos: de un lado, todos los recursos, el apoyo del gobierno, un vapor de guerra artillado con cañones Krupp y un número doble de soldados bien pagados; del otro lado, tan sólo el vapor y la decisión que infunden la justicia de la causa que se define.

A pesar de tanta desigualdad, los invencibles riohacheros habían triunfado, porque, como ya lo hemos dicho, aquél era el quinto día de combate y ellos no habían perdido una sola de sus posiciones. Estaban resueltos a vencer o a perecer todos, antes que dejar tomar la plaza de Riohacha.

Los abusos del poder y las notorias injusticias que el gobierno de Santa Marta venía cometiendo hacía algunos años con el departamento de Padilla, en general, y con la ciudad de Riohacha, en particular, irritaron a ese noble pueblo, cuna del benemérito y bravo general de quien lleva el nombre, y lo obligaron a buscar, en el extremo de la sublevación, heroico remedio para sus graves males.

La victoria habría coronado los esfuerzos de los valientes riohacheros, si el enemigo convencido de su importancia para vencerlos, no hubiera resuelto incendiar la población

para que el fuego destructor desalojara de sus posiciones y derrotara a aquel puñado de hombres libres, valerosos y entusiastas, que peleaban por restablecer sus derechos conculcados, y que defendían sus lares.

El vapor de guerra “Colombia” lanzaba desde la rada bombas incendiarias sobre la población, y los soldados enemigos, con sus propias manos, arrojaban combustibles inflamables sobre las casas pajizas del lugar.

Aquellas escenas digna de los soldados del bárbaro Atila o del feroz Francis Drake cuando llenó de espanto, de terror, a todos los habitantes de la incendiada ciudad.

El viento del nordeste que sopla allí con fuerza era un agente poderoso para ayudar al enemigo en su obra de destrucción, y con insólita saña lanzaba acá y allá enrojecidas serpientes de fuego que todo lo abrasaban y calcinaban.

El negro y espejo humo del combate y del incendio, que hacía irrespirable la atmósfera; el desorden, la confusión, el llanto de las mujeres y de los niños; los gritos de horror, los ayes y los lamentos de los heridos, de los valetudinarios, que veían su casa, único bien que poseían, sola herencia de sus hijos, presa del destructor incendio, unido todo al estampido del cañón, al aterrador estruendo de incesantes descargas de fusilería y al toque de “a la carga”, de corneta y tambores; hacían de aquel espectáculo infernal un cuadro digno del pincel del célebre Breughel D’Enfer.

En medio de tan horrible escena, de tan espantosa confusión, el general L.H. se replegaba hacia las afueras de la población, batiéndose en retirada y tratando de conservar en sus filas, muy claras ya, un orden imposible en aquellos momentos de general desconcierto.

Los restos de aquel ejército tan frío e impasible en el combate lloraban de desesperación al contemplar la destrucción de su querida ciudad. ¡Los justos también lloraron la ruina de Jerusalén!

Después de diez días de tenaz persecución por parte de los vencedores, y de una heroica resistencia, digna de los cantos del ciego de Chio, por parte de los vencidos, el general L.H. fue capturado en el pueblo de San Ángel, solo, cuando había quemado su último cartucho, y puesto en salvo el resto de sus valientes compañeros (¡60 hombres!).

II

Pocos días después del combate de Riohacha y del funesto incendio que dejó sumidas en la mayor miseria a muchas desventuradas familias, que antes del siniestro gozaban de comodidades, podía verse en una calurosa mañana, y en la opuesta ribera del río Hacha o Calancala, un grupo de tres personas que seguía a pie el arenoso camino que de esa ciudad conduce al territorio goajiro.

La primera figura de aquel grupo era la de una mujer hermosa y joven aún, de aspecto simpático, pero extremadamente triste. Vestía de riguroso luto y llevaba en sus brazos un precioso niño. La otra figura, la de una primorosa joven de trece a catorce años de edad, talle gentil, tez morena y fresca, ojos negros, brillantes y expresivos, cabello abundante ensortijado y tan negro como el ébano, boca pequeña y graciosa, pie diminuto, aire candoroso. Su traje era también negro. La última figura era la de un indiecito goajiro que tendría poco menos de quince años. Hermoso, bien musculado, de mirada chispeante y maliciosa, era el tipo perfecto de su altiva raza. Vestía la manta goajira: flotante traje de vivos colores, y en lugar de tequiara llevaba en la cabeza un gran sombrero de palmas, que ellos mismos se fabrican.

Alí, éste era el nombre del indio, servía de guía y de compañero a las dos señoras arriba descritas, que eran la viuda y la hija del capitán Alí Silva, muerto pocos días antes en el combate de Riohacha.

¿Qué buscaba aquella hermosa mujer con sus hijos en los desiertos del territorio goajiro?
¿Qué iba a hacer allí, y cómo condenaba a su preciosa hija a vivir entre salvajes?

La infeliz viuda estaba arruinada, abandonada por todos, perseguida, y buscaba entre los goajiros la piedad, la filantropía, la hospitalidad que no encontraba entre los que se llamaban civilizados, quienes, imitando a los bárbaros conquistadores, y olvidándose de que peleaban entre hermanos, incendiaban las poblaciones para sentar sus reales aunque fuera sobre calcinadas ruinas.... La inconsolable viuda, sola con sus hijos, iba a llorar en aquellos desiertos la destrucción de su cara patria y su propia ruina, consumada con la pérdida del mejor de los esposos.

III

Antes del incendio de Riohacha, los esposos Silva no eran Cresos; pero tenían un buen capital. Poseían varias casas, una magnífica tienda surtida de buenas mercancías, almacenes llenos de artículos para exportar, etc. Silva comerciaba con los indios goajiros, tenía entre ellos grande influjo, muchos compadres y amigos sinceros; porque los goajiros son leales y buenos con el que los estima y trata bien.

La señora de Silva era tan hermosa como inteligente y activa para los negocios. Amaba tiernamente a su marido, lo ayudaba mucho y por placer, más bien que por utilidad, lo acompañaba en algunos de sus viajes por las pampas goajiras. Hablaba muy bien el dialecto de los indios, y éstos la querían, tanto por la amabilidad, dulzura y cariño con que ella los trataba, como por los frecuentes obsequios que les hacía. Los indios gustan mucho de los regalos y los estiman altamente.

Silva llevaba a la Goajira para negociar con los indígenas abalorios, corales, cornerinas, telas, lanas e hilos de colores vivos, pañuelos de seda y de algodón, baratijas de toda clase, maíz y aguardiente, etc., que cambiaba por palos de tinte, dividive, cueros, caballos, mulas, ganados, asnos y muchas aves domésticas que vendía en Riohacha, o exportaba, dejándole este negocio una ganancia fabulosa. También compraba Silva la sal de Bahíahonda, y cargando muchos buques con este artículo de primera necesidad, que tenía gran consumo, los enviaba a Cartagena, Barranquilla y otros lugares a realizar su valiosa carga y a traer de allí otros frutos.

Prosperaba Silva cada día más y la caprichosa fortuna le sonreía por todas partes, tributándole a manos llenas sus espléndidos favores.

Honrado, modesto en sus aspiraciones, era feliz porque amaba y era amado por una esposa bella, trabajadora, inteligente y económica, que él trataba como a su verdadera compañera. Tenía una hija, preciosa y encantadora niña, que alegraba con su infantil gracia aquel bienaventurado hogar donde reinaba la paz, la bonanza y la armonía.

Tanta felicidad no era turbada sino por el disgusto que en ocasiones experimentaba Silva cuando no veía en su hogar un hijo, que lo secundara en sus faenas, y que, después de su muerte, fuera el apoyo de su madre y de su hermana. Estos tristes pensamientos que de cuando en cuando lo asaltaban, arrugaban su ceño y dejaba escapar de su pecho ahogados suspiros. Una infantil caricia de la preciosa María y una juiciosa reflexión de la prudente esposa, desarrugaban el ceño de Silva y hacían desaparecer de su rostro la huella de los suspiros: Silva era bastante feliz, no debía desear más; pero el alma humana, cuando se trata de la dicha, es insaciable...

La señora Silva sentía gran disgusto cuando veía la tristeza de su esposo, y con tono de dulce reconvención le decía: “Alí, no provoques la ira de Dios, quejándote y mortificándote porque no tenemos un hijo; no es tarde aún, y además si lo fuera, ¿no tenemos a nuestra encantadora María, que podrá traérselo a casa? Confórmate, Alí, con la voluntad divina; cuando el Señor no nos da un niño, no nos convendrá. Somos bastante felices, no debemos pedir más”. “Es verdad, mujercita mía”, decía Silva, y el contento reanimaba su fisonomía varonil.

Tranquilos se deslizaban los años para los esposos Silvas. María crecía tan hermosa de cuerpo como de alma. Sus padres no la amaban, la idolatraban; y ella correspondía al paternal afecto con frecuentes demostraciones de cariño, de respeto y de filial sumisión. Niña de admirables prendas, merecía bien el amor inmenso que sus padres le profesaban.

María, hija única de padres ricos, que le mimaban y consentían; siendo hermosa y adulada, podría ser una niña caprichosa, altanera, dominante y malcriada, como son en general las hijas mimadas; pero la señora Silva, aunque había mimado a María, había sabido educarla y hacer de ella una niña humilde, piadosa, caritativa, en extremo agradable, que formaba sus delicias, y se hacía amar por todos los que la trataban.

En el año de 1866 la dicha de Silva no tuvo límites. Dios premiaba la conformidad de los esposos, y el ángel tan ardientemente deseado en aquel envidiable hogar, bajó por fin del cielo, en forma de un hermoso niño que colmó de dicha y alegría el alma de Silva y de su esposa. María también sintió gran contento y se prometía querer y cuidar mucho al hermanito que Dios le enviaba. ¡Pobre niña! ¡Quién hubiera podido decirle que el colmo de la ventura de sus padres, eran los últimos reflejos de una dicha que se acababa porque muy pronto les sobrevendrían grandes calamidades!

Silva no cabía en sí de gozo, su felicidad era completa. ¿Sería duradera? ¡Imposible!...

El afortunado padre no cesaba de dar gracias al Dios Omnipotente, por el inmenso bien que recibía. La madre temblaba ante tanta ventura, rezaba porque su felicidad le parecía un sueño.

Se le hizo una gran fiesta a la Virgen de los Remedios, patrona de la ciudad, bajo cuya protección se puso al recién nacido, y se repartieron muchas limosnas a los necesitados, rogándoles que pidieran por la vida de aquel niño tan deseado en la casa paterna.

José fue el nombre que en la pila bautismal recibió el niño, en memoria del heroico general José Padilla, a quien Silva veneraba como a un santo mártir.

Mil planes se forjaba Silva, allá en su imaginación, con respecto al porvenir de su hijo; ya no quería que lo acompañara en sus faenas y correrías por la Goajira; pensaba al verlo

algo crecido enviarlo a Europa para que estudiara, y hacer de él un doctor o un general, lo que más agradara al niño. La fortuna que con su honrado trabajo había adquirido le permitía alimentar esta noble aspiración que Silva habría coronado sin la malhadada guerra de 1867.

IV

Hemos dicho ya que hacía algunos años que el gobierno de Santa Marta cometía grandes injusticias con el Departamento de Padilla.

Es bien sabido que las injusticias agotan la paciencia de los pueblos y los lanzan a las revoluciones.

Los naturales de aquel Departamento son activos y valientes hasta la temeridad; el yugo impuesto por los samarios los tenía exacerbados y resolvieron romperlo pronto: estaban cansados de él.

Silva era muy patriota, amaba a su país natal, con ese amor loco y ciego con que algunas almas apasionadas aman la tierra donde ven la luz primera. El provincialismo en él era casi una manía. Riohacha, lugar de su nacimiento, era, a su modo de ver, el mejor país del mundo, y Silva no habría podido vivir feliz en ningún otro lugar. Las grandes y bellas poblaciones de los Estados Unidos del Norte y Europa habrían parecido a Silva aglomeraciones de lindos palacios y de hermosos edificios vacíos y sin ningún interés para él; una multitud de seres extraños, esa gran reunión de hombres indiferentes, y la nostalgia lo habría matado en poco tiempo. Silva amaba a Riohacha con pasión, de la misma manera que amaba a su esposa y a sus hijos.

Las glorias o las desdichas de Riohacha, eran sus desdichas o glorias propias. Patriota por convicción y por familia admiraba y envidiaba a los próceres de la Independencia, héroes de tan grande epopeya que lo entusiasmaban hasta la locura.

Bolívar le parecía a Silva la figura más colosal de los tiempos antiguos y modernos, le tributaba respeto, admiración y gratitud. Padilla, el marino afortunado, el bravo entre los

bravos, era ríohachero y Silva tenía fanatismo por este hombre singular, cuya sola presencia anunciaba la victoria en los combates, y a quienes sus acciones distinguidas de valor y su habilidad de primer marino, le hicieron ganar muchas batallas y le conquistaron el título de Benemérito de la Patria.

Testigos de las grandes proezas de este héroe son: Trafalgar, en España, cuando simple soldado de la marina, supo distinguirse; y en la antigua Colombia, Tolú, Cartagena, Ocuare, Angostura, Lórica, Ciénaga, Santa Marta, Riohacha, etc., y más que todos la barra de Maracaibo, donde la gloria colocó sobre las sienes de Padilla una inmarcesible y brillante corona. Y este héroe tan valiente y afortunado, que supieron respetar las balas enemigas, murió tristemente en un banquillo, víctima de la más grande injusticia, despedazado su noble corazón no tanto por las balas asesinas, como por la ingratitude de sus amigos y compañeros de armas, y de la patria que con su sangre, y sus esfuerzos había ayudado a fundar...

Silva, a pesar de su admiración por Bolívar, no podía perdonar a este grande hombre que se hubiera ofuscado hasta el extremo de confirmar la injusta sentencia de muerte dada contra este valiente, a quien él mismo había llamado con suma justicia, el Nelson colombiano, y que por sus muchos servicios bien merecía que le hubiera tocado mejor suerte.

Los grandes hombres cometen también grandes faltas, porque en ellos todo está a su medida.

Perdonemos a Bolívar la injusticia que cometió con Padilla, porque fue víctima de muchas otras, que sus conciudadanos cometieron con él. San Pedro Alejandrino, última morada de aquel genio colosal, fue testigo de las tristezas que amargaron sus últimos días.

El Libertador de cinco repúblicas también tuvo que llorar la ingratitud de la patria y el abandono de los que todo se lo debían. Bolívar, lo mismo que Padilla merecía una suerte mejor; la posteridad les ha hecho justicia. ¡Paz a sus tumbas venerandas!

Silva, como lo hemos dicho, era muy amante de su país, y fue uno de los primeros y más entusiastas en trabajar para que se sacudiera el yugo que pesaba sobre la altiva Riohacha. La revolución del 67 estalló, y Silva puso su brazo y su dinero al servicio de ella.

El 12 de agosto, una bala enemiga rompió sin piedad el noble pecho de Silva, que murió como un valiente, vitoreando a la libertad y creyendo en el triunfo de su causa, por que era justa, y corazones tan leales como el suyo la defendían.

¡Infeliz! ¡Quién le hubiera dicho que dos días después de su gloriosa muerte, Riohacha, el país de sus afecciones, sería presa de las llamas; aquel ejército compuesto de un puñado de valientes, de que tanto se enorgullecía, sería destruido casi en su totalidad, y lo que es peor aún, que su adorada esposa y sus hijos, acostumbrados a gozar de todas las comodidades que proporciona la riqueza, se verían obligados, por causa del incendio, a sufrir las privaciones que impone la miseria!

¡Cruel ironía de la suerte! La señora de Silva, tan acariciada y favorecida por la fortuna pocos días antes, vio a esta caprichosa voltearle la espalda y abandonarla para siempre. Aquella infeliz mujer, en solo cinco días había perdido el esposo tiernamente amado, irreparable pérdida que acababa con su dicha, y las llamas habían consumido en pocos momentos todas sus propiedades, fruto de muchos años de asiduo y honrado trabajo. Viuda, pobre y sola con sus desventurados huérfanos, se veía obligada a refugiarse en la Goajira. Aceptaba la hospitalidad que los salvajes le ofrecían porque entre ellos encontraría la

tranquilidad y los recursos para vivir, que le sería muy difícil hallar entre los civilizados que siendo hermanos se llaman enemigos y se portan como tales.

V

El indiecito Alí, que servía de compañero y de guía a la viuda y a los hijos del capitán Silva, era el hijo único de Rita, india notable, muy rica, dueña de una extensa y valiosa ranchería, bastante poblada, y con muchos ganados, mulas, caballos, etc., y algunas comodidades en sus ranchos. Rita, india medianamente civilizada, de generoso y noble corazón, quería mucho al capitán Silva y a su esposa, padrinos de su hijo Alí, único heredero del poderoso caporal M..., hermano de Rita, que había muerto hacía poco tiempo.

Los goajiros cuando bautizan a sus hijos, tienen la costumbre de ponerles el nombre y el apellido del padrino, si son hombres, y el de la madrina, cuando son mujeres. Lo cual es entre ellos una gran prueba de afecto.

Por eso el indio se llamaba también Alí, y en su ranchería lo habían enseñado a querer a su padrino, como a su propio padre. El indiecito era también algo civilizado, y lo mismo que su madre, de noble y generoso corazón.

La india Rita al saber el incendio de Riohacha, la muerte de su compadre Silva, y la total ruina de su viuda, envió inmediatamente a su hijo Alí, para que buscara a su madrina, y la llevara a su ranchería, en donde sería recibida con amor, y podría vivir tranquila, sin que los enemigos de Silva pudieran molestarla e insultar su pobreza y su dolor.

Los indios goajiros observan con mucha exactitud las leyes de la hospitalidad. Generosos y caballeros, ceden con gusto su habitación al primero que se la pide, sin ninguna remuneración, y si es una señora quien la toma, no vuelve el goajiro a aparecer en el rancho hasta que ella voluntariamente lo haya abandonado, rasgo de delicadeza muy

notable en un salvaje. Así como son generosos, son también vengativos con quien los ofende; no saben perdonar y sin embargo no pueden vengarse de su enemigo ni hacerle ningún mal, mientras permanece en su casa, porque las leyes de la hospitalidad se lo prohíben, y desventurado del que falte a ellas.

Estos salvajes son en general de carácter ingenuo y dulce, aunque altivos e indómitos con quien los maltrata. Sus costumbres son sencillas, tienen pocos vicios, creen en un Dios, a quien en su dialecto llaman *Mareigua*, dicen que es un espíritu bueno porque cría al hombre y lo deja seguir su vida en paz sin meterse con él para nada; y en el demonio, llamado Yarojá, espíritu perverso e inquieto a quien atribuyen todo lo malo que les pasa y lo aborrecen mortalmente. Tienen algunas nociones sobre la inmortalidad del alma y mucha veneración por los muertos.

Si nuestros gobiernos pensarán seriamente en la civilización del extenso y rico territorio goajiro, Colombia ganaría mucho en todo sentido. Treinta o cuarenta mil indios útiles y esforzados aumentarían su población, y la inmensa riqueza que permanece estancada en aquella península, circularía por sus magníficos puertos, aumentaría el comercio y colmaría las arcas de la nación; pero desgraciadamente, a nosotros los colombianos, nos falta tiempo para pensar en las fratricidas guerras civiles, que sólo sirven para desacreditarnos con las naciones extranjeras, para empobrecer y barbarizar cada vez más a nuestro propio país y para engendrar odios y rencores inextinguibles.

Alí, enviado por su madre, llegó pocos días después del incendio en busca de su madrina, y le costó no poco trabajo encontrarla en una miserable casuca, de *Tomperalta*, donde una pobre y piadosa mujer había ocultado a la infeliz viuda y a sus hijos.

El buen indio lloró mucho con María y con su madrina, les dijo el objeto de su viaje, les hizo mil protestas de sincera adhesión y las decidió a partir de la ciudad, por temor a las persecuciones de sus enemigos.

A las cuatro de la mañana había abandonado, quizá para siempre, la afligida viuda, las arenosas y queridas playas de su país natal, en donde dejaba el sepulcro del adorado esposo, y encerrado en él, los más caros recuerdos de una felicidad perdida para ella, y que no volvería a encontrar sino más allá de su tumba.

A pie y con su hijo en los brazos seguía por el mismo camino que en otras ocasiones había recorrido bien montada, acompañada de su amante esposo y de un séquito de amigos y negociantes que siempre iban con ellos a la Goajira. La señora Silva no sabía andar a pie, y sin embargo, hacía muchas horas que caminaba con febril agitación, muda y con su hijo en los brazos. Huía de aquellos lugares tratando de desechar los tristes pensamientos que la torturaban.

Al fin, sudando a mares, jadeante, aniquilada, cayó sobre la arena, dejó al niño en el suelo y con dolorido acento y prolongados sollozos exclamó:

“María, hija de mi alma, ¡qué va a ser de nosotras! Yo no puedo dar un paso más, mis piernas se resisten a sostenerme; mis brazos no pueden soportar por más tiempo el peso del hijo de mis entrañas; y aun nos faltan muchas leguas para llegar a la rancharía de Rita.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Apiádate de mí!”

El llanto nublaba los ojos, y los sollozos casi rompían el pecho de aquella madre infeliz.

María y el niño lloraban; y el sensible Alí hacía inútiles esfuerzos para contener las lágrimas. Se acercó a su madrina, trató de animarla, de consolarla y le dijo:

“No te aflijas ni te abatas tanto, querida madrina, dame a José, yo lo llevaré en mis brazos con tanto cuidado como tú misma; toma este trago de anís; apóyate en el brazo de María, y haz un esfuerzo para llegar a ese manglar que está aquí cerca. Allí nos espera Rita, con buenos caballos. Ella no se atreve a salir del manglar por temor de ser vista por sus parciales, por esos pícaros españoles (así llaman todavía los goajiros a los que no son de su raza), ¡pobre madrina! Debes haberte cansado mucho porque no estás enseñada a caminar tanto. ¡Ah! Si mi padrino viviera no habría permitido que anduvieras a pie por estos malditos arenales. Mas no tengas cuidado, madrina, yo también tengo muy buenos caballos que tú montarás. ¡Perversos españoles!, añadía el indio haciendo un gesto amenazador hacia el lado de la destruida población, hijos malditos de *Yarojá*, les juro que cuando yo sea caporal, vendré con mi parcialidad a tomarles cuenta de la sangre de mi padrino, y de tus lágrimas, madrina. Tú, José, continuaba el indio, dirigiéndose al inconsciente niño, que sólo sabía sonreír, tú me ayudarás en la venganza, y la tomaremos muy cruel de esos malvados”.

Alí, desahogaba su furor con mil denuestos y otras tantas amenazas.

“No es bueno ser vengativo, le decía la bondadosa señora Silva, Dios nos manda perdonar a nuestros enemigos, y sufrir con paciencia los trabajos y calamidades de la vida”.

“*Maréigua*, replicaba el indio, es bueno, no se mete con nosotros para nada; pero *Yarojá*, el espíritu malo, inspira a los perversos y nos molesta. Es necesario vengarnos de los malos, y castigar sus delitos.

“La venganza es dulce, la venganza es buena”, repetía el indio sin atender a los consejos de su madrina, que le agradecía su afecto y se proponía combatir los instintos vengativos del salvaje y sus falsas ideas religiosas, enseñándole a conocer al verdadero Dios, e

instruyéndolo en la religión del Crucificado, santa y consoladora creencia, toda caridad y perdón.

La adhesión del generoso indiecito y sus pruebas de afecto conmovieron mucho a la viuda y a María. Solas, sin recursos, abandonadas por todos, en aquellas inmensas soledades, podían contar con el leal corazón de un hijo del desierto, que era casi un niño, pero bien pronto sería un hombre, y el jefe de una numerosa tribu de salvajes que les sería adicta por amor a Alí.

VI

Apoyada en el brazo de María y andando muy despacio llegó por fin la viuda al manglar en donde, como Alí lo había dicho, Rita y los suyos los esperaban. Grande era la ansiedad de la india, pues habían tardado demasiado en llegar allí, y ella temía que su hijo y su comadre, sorprendidos por los vencedores, hubieran sido apresados. Su alegría al verlos fue inmensa; pero las lágrimas de la viuda y de su hija no le permitieron manifestarla. Casi todos los moradores de la ranchería de Rita habían venido con ella, a esperar a las españolas, y era de admirable belleza el cuadro que presentaba a la vista aquella partida de salvajes de ambos sexos, perfectamente montados en magníficos caballos (que pueden competir con los de raza árabe). Vestidos con sus flotantes mantas, algo semejantes a las túnicas romanas, llevando su fusil y carcaj terciado al hombro, y así recibían en completa ovación y brindaban protección y hospitalidad a una infeliz viuda y a sus huérfanos hijos...

A la espléndida acogida que les hacían los salvajes, comparaban la viuda y María los tristes desengaños, las amargas y dolorosas decepciones, que en poco tiempo habían experimentado entre los civilizados, que se titulaban sus amigos tan sólo en épocas de prosperidad; y se decían: “Nuestros compatriotas y amigos nos han abandonado, negándonos todo auxilio porque estamos arruinadas, y nada valemos. Además, temen comprometerse con los vencedores si amparan y protegen a la familia del capitán Silva. Estos hijos del desierto, nada tienen que temer, ni qué esperar, y para ellos, valemos hoy, pobres como estamos, lo mismo que valíamos cuando éramos ricas. La Providencia vela por nosotras y se vale de ellos para protegernos. ¡Bendita sea!”.

La india Rita tenía preparado un desayuno que se componía de fresca y gustosa leche, servida en blancas totumas, pan de maíz, panela, queso, algunos mariscos y muchas frutas silvestres. Sólo unos sorbos de leche pudieron tomar María y su madre: la emoción y la tristeza que las dominaba no las permitía tomar ningún otro alimento.

Cuando hubieron descansado un tanto las viajeras, montadas ya en buenos caballos, continuaron la marcha escoltadas por los indios, que gozosos se disputaban el honor de servir a las señoras.

El buen Alí llevaba al niño, que alegre como unas pascuas, reía a carcajadas. El inocente no podía comprender ni las lágrimas ni las tristezas de su madre y de su hermana.

María, al verlo tan alegre, lloraba con él, pensando en el triste porvenir que le esperaba en la Goajira. Su hermana lo miraba tristemente y le decía: “¡Pobre angelito, tu inocencia te impide conocer la inmensa desgracia que nos abrumba! Tú no puedes comprender nuestra pena, por eso ríes y estás alegre. ¡Ángel cuya venida al mundo fue tan anhelada por nuestro padre, a qué mal tiempo bajaste de las regiones eternas! ¡Pobre hermano mío! Cuál será tu suerte entre estos salvajes. Cuál la educación que recibieras en una rancharía oyendo solamente el dialecto goajiro, el mugido de las vacas, el valido de las ovejas, el relincho de los caballos y el canto de los turpiales. Mi madre y yo te enseñaremos a conocer al verdadero Dios; con nosotras le adorarás en aquellas soledades salvajes; pero allí no tendremos ni un templo, ni un altar donde enseñarte a rendirle el culto que se le debe. ¡Dios mío! ¿Viviremos siempre así? Este horrible porvenir que yo entreveo, ¿será acaso el de toda nuestra vida? ¡Ah, Señor Dios de las misericordias, no lo permitas!...”.

La infeliz y juiciosa joven no pudiendo contener sus lágrimas adelantaba su caballo, para que su madre no las viera, no adivinara los tristes pensamientos que las hacían correr.

Serían las dos de la tarde cuando llegaron a la ranhería de Rita, situada cerca del lugar, llamado el Pájaro, una de las ranherías más pobladas y ricas de la península goajira.

Rita echó pie a tierra la primera, y corrió solícita a desmontar a su comadre. Allí no abandonó al niño, y otros indios se ocuparon de María, la que aparentando un valor y una entereza que estaba muy lejos de poseer, y con sonrisas más tristes que las lágrimas, animaba a su madre y le daba los parabienes por el feliz término de aquel triste viaje.

VII

La ranhería de Rita tenía una situación pintoresca. Colocada en una gran sabana ligeramente accidentada por una verde colina, estaba sembrada de bosquecitos de mangles y palmitos que hacían variado su hermoso paisaje. Se componía la ranhería de 25 a 30 ranchos situados a la inmediación de una laguna cuyas orillas bordadas de juncos, de palmeras, trupillos e higuarayos, atraían con su frescura y sus sabrosos frutos bandadas de turpiales, oropéndolas y mil aves canoras de variado plumaje de dulces trinos y agradables melodías que animaban la soledad.

Esta ranhería tenía a su frente, y no muy distante, la hermosa vista del majestuoso Atlántico, de agitadas y bulliciosas olas. A lo lejos se divisaba la punta del Macuira, célebre cerro donde, según la creencia de los goajiros, hay un lugar llamado *Itú* destinado para morada de las almas de los indios ricos; porque entre ellos sólo los *peaches* (médicos) van al cielo llamado Aitú. Las almas de los indios pobres permanecen separadas de las demás en *Jepira*, lugar situado en el Cabo de la Vela.

A los otros lados de la ranhería de Rita, la vista se perdía en inmensas sabanas donde estaban diseminadas infinidad de otras tantas ranherías y abundantes y ricos pastales que alimentaban millares de ganados, innumerables caballos, mulas, asnos y otros muchos animales muy útiles al hombre, y de que son riquísimas esas pampas.

Varias indias se habían quedado en los ranchos preparando el banquete con que los indios se proponían festejar a las españolas que aceptaban su asilo y protección.

A la orilla de la laguna, debajo de un bosquecillo de palmeras, colocaron las indias chinchorros, extendieron juncos en el suelo, acercaron algunas piedras, y en grandes

totumas, ollas, cazuelas, unos pocos platos de loza y con poquísimos cubiertos de estaño y una que otra copa de cristal, sirvieron la abundante comida compuesta de muchos trozos asados de ternero y del sabroso ovejo goajiro, pescados, tortuga, muchos mariscos, ñames, ahuyamas, maíz tostado, panela, frutas, aguardiente, etc., y el más delicioso manjar para el goajiro, la insoportable e inmunda chicha de maíz mascada por la india más joven y bonita de la ranchería.

La viuda y su hija, abrumadas por el pesar más profundo, y conmovidas por las bondades de los salvajes, no pudieron probar un bocado de aquella suculenta y campestre comida, que los indios devoraron con delicia, estimulado como estaba su apetito, por la larga correría que habían tenido que hacer.

Concluida la comida, la india Rita eligió entre todos los ranchos el mejor y más aseado, tomó por la mano a las españolas y las llevó para darles posesión de lo que ella llamó su casa. Rita colocó en el rancho varios utensilios, colgó tres blancas hamacas, algunos chinchorros, e instalándolas lo mejor que pudo, se retiró prudentemente para dejarlas con libertad.

La infeliz viuda y sus pobres huérfanos, tenían ya un hogar; pero ¡qué hogar, gran Dios! Un desmantelado rancho sin ninguna comodidad, que sólo irónicamente podía llamársele casa; mas al fin, era un asilo, allí podrían llorar tranquilas sus penas; a su lado tendrían corazones nobles y sencillos como los de Rita y Alí, que las cuidarían y protegerían. Dios, el buen Dios de los cristianos, que no abandona ni aun a los pajaritos que cría, velaría por ellas.

Muchas y muy tristes reflexiones se agolparon a la mente de la señora Silva. Al quedarse sola en el miserable rancho, que la suerte le deparaba, lloró mucho; pero cristiana humilde,

se resignó a cargar su pesada cruz y a esperar todo de la misericordia divina. Se prometió a sí misma hacerse fuerte y conservarse para sus hijos. Sin embargo, el súbito cambio de todas las comodidades de la vida social por las privaciones del aislamiento, las profundas heridas que había sufrido su corazón y la tristeza que la rodeaba, arruinaron totalmente su salud y la redujeron al más triste estado.

María, la infeliz joven que no apartaba los ojos de su madre, veía con espanto que la vida se le iba; aunque su pobre madre hacía los mayores esfuerzos para detenerla. La desventurada María temblaba de horror a la sola idea de verse, de un momento a otro, privada del solo apoyo que tenía sobre la tierra y rogaba a Dios que la librara de desgracia tan grande.

El *peache* de la ranchería, agotaba las yerbas medicinales conocidas por su empirismo, y sus lúgubres cantos y bárbaras recetas no tenían virtud ninguna. En aquella apurada situación no había más que un médico capaz de salvar la vida de la viuda. María lo conocía, e imploró su auxilio. Este médico era Dios; sólo él tenía bastante poder para devolver a aquel débil cuerpo una vida que casi lo había abandonado.

¡Ah, cuántas noches de vigilia pasó aquella heroica criatura, sola en el mísero rancho en que vivía, colocada en medio de la hamaca de su madre y de su hermanito, dividiendo sus atenciones y cuidados entre aquellos dos seres que amaba con ternura y por los que daría con gusto su vida!

¡Cuántas lágrimas derramó aquella infeliz joven, en una larga noche de agonía, contemplando el descompuesto rostro de su expirante madre y la plácida sonrisa del dormido niño que no podía comprender la horrible situación de su desventurada hermana!

La pobre María se sentía desfallecer cuando pensaba que podía faltarle el apoyo de su tierna madre; pero la fe en la divina misericordia la reanimaba. Ella pedía, clamaba, lloraba y esperaba...

Al fin, sus votos, sus fervientes plegarias, fueron escuchadas. ¡Dios no desatiende jamás los ruegos del inocente! La madre de María volvió a la vida y poco a poco fue recobrando sus fuerzas y su salud. El amor y los cuidados de María, hicieron prodigios para restañar la sangre que chorreaba de aquel corazón profundamente herido, y devolverle la tranquilidad que tan necesaria le era.

La generosa india Rita cuidaba con grande esmero de llevar al rancho de las españolas, los víveres y todo lo demás que necesitaban sus huéspedes.

Alí prodigaba a su madrina finas atenciones y amaba tiernamente a José, que también le quería mucho.

La señora Silva recobró del todo su salud, con gran sorpresa del sabio *peache*, que la había dejado por muerta y que le parecía aquello una resurrección, incomprensible para él a quien nunca le habían fallado sus juicios.

Se fue acostumbrando la señora Silva insensiblemente a la vida tranquila de la ranchería, y ella y María se propusieron enseñar a los dóciles indiecitos los saludables preceptos de nuestra santa y sublime religión.

VIII

Pasados algunos años, María era una hermosa mujer en la plenitud de su belleza, su piel se había tostado un poco y perdido algo de su frescura, pero esto no la había desmejorado. Notablemente bella, los indios la admiraban como a un ser superior; si ella hubiera sido pagana habría podido hacerse adorar por aquellos sencillos salvajes; pero María era cristiana, y no quería que se adorase sino al verdadero Dios. Amaba mucho a los indios y los trataba como a hermanos, les había enseñado muchas cosas, y había aprendido con ellos a tejer las hamacas, las mantas, los sombreros y las tequiaras.

María estaba siempre ocupada, trabajadora e industriosa, había logrado hacer de su primitivo miserable rancho, una cabaña bastante cómoda y bella.

José, niño belicoso y montaraz, aunque dulce y cariñoso con su madre y con su hermana, crecía y se desarrollaba vigoroso y robusto, como la salvaje naturaleza que lo rodeaba. Montaba admirablemente a caballo, manejaba con primor el arco y las flechas, la onda y hasta el fusil; hablaba con perfección el goajiro y vestía la manta, por lo que sin su cabello negro y rizado, y su tez de un blanco mate, cualquiera lo habría tomado por un indígena de aquellas pampas.

El indio Alí, completamente crecido y desarrollado, era un hermoso goajiro de atléticas formas, hercúleas fuerzas y extraordinaria agilidad. Caporal de la tribu, mandaba en jefe, y sus parciales lo amaban y obedecían ciegamente. Se había casado con una hermosa y rica india, hija de un poderoso caporal, y este casamiento había aumentado su hacienda y su prestigio. Alí amaba mucho a José, lo tenía siempre con él en sus excursiones y en los asaltos que solía dar a las rancherías enemigas. Ocultaba a María y a su madrina que

llevaba al niño a guerrear y lo sacaba con el pretexto de que fuera a conocer las costas de la península, a ver pescar las perlas, el carey, las tortugas, etc., etc.

Por más que la señora Silva había enseñado al indio Alí muchos preceptos religiosos, él no había podido dominar sus instintos vengativos, y parece que no olvidaba el juramento que había hecho de vengar a su padrino cuando José pudiera acompañarlo, porque tanto él como todos los otros indios de la tribu, se empeñaban en adiestrar al niño en todos los ejercicios de la guerra y en sembrar en su alma tierna la semilla del odio y de la venganza contra los que habían matado a su padre y arruinado a su patria.

José escuchaba con atención lo que los indios le decían, aprendía a guerrear, y la semilla regada germinaba y crecía a la par con su robusto cuerpo.

María y su madre se asustaron al notar los instintos vengativos de José y los ímpetus de odio y de comprimida cólera, que se manifestaban en el rostro del niño, cuando en su presencia se hablaba de la muerte de su padre y del incendio y toma de Riohacha. Ellas temblaron al descubrir la pasión de la venganza arraigada en aquel tierno corazón, y procuraron arrancarla; pero se convencieron de que mientras José estuviera bajo la influencia de Alí y de los suyos, nada se podría conseguir. Era indispensable separarlo de ellos, para aprovechar las buenas cualidades del niño y combatir las malas. Abandonar la Goajira era un gran sacrificio para ellas; ¿pero qué sacrificios ahorrarían la señora Silva y su hija, por la salvación de José, única esperanza que les quedaba?

Aquel niño semisalvaje tenía gran talento y cualidades latentes que sólo necesitaban estímulo para desarrollarse; José tenía necesidad de recibir una buena educación y de vivir entre gentes civilizadas, para domar su carácter y darle otra forma. Bien educado aquel

niño, vendría a ser más tarde un hombre útil a su familia y a la sociedad. Sin ninguna educación, metido entre los salvajes, su odio lo arrastraría sabe Dios a dónde.

La partida quedó resuelta entre la madre y la hija, que a nadie comunicaron su resolución, y se pusieron a trabajar con empeño para adquirir los medios de realizar su viaje.

No contaban con otros recursos para salir de allí que los regalos de los indios hechos a José, consistiendo éstos en grandes sartas de finas perlas, muchas conchas de carey, lindas hamacas, algunos ganados y caballos cuyo valor no les alcanzaría para establecerse fuera de la Goajira.

María tenía también muchas hamacas tejidas por ella misma, y algunas otros cositas que aumentaban su haber; pero esto no era suficiente, y tanto ella como su madre, se esforzaban en fabricar efectos para la venta, con los cuales se proporcionarían los medios de establecerse en país civilizado.

Tranquilas esperaban este momento, cuando un suceso desgraciado en que María, aunque inocente, venía a ser causa de cruda guerra entre los indios, las obligó a precipitar su salida de la Goajira.

Una mañana, al ir las indias a llevar los rebaños a pastar, se notó que faltaba gran número de ganado. Huellas de muchos pies denunciaban a los ladrones, y entre los indios goajiros, esta clase de robos es el primer toque de guerra.

El alarma cundió por toda la ranchería, la indignación del caporal Alí, que sospechaba quién podía ser el atrevido agresor, no tenía límites.

Reunió a los indios y les dijo:

“Sé poco más o menos quién es el ladrón de nuestros ganados, el audaz que me declara la guerra viniendo atrevidamente a desafiarme a mi propia casa; juro vengarme y hacerle pagar bien caro su audacia. Él es rico, todas sus riquezas serán nuestras y con su sangre lavará la infamia que intentaba cometer, si nosotros no se lo impedimos.

“El ladrón debe de ser el caporal Blas, ese perverso indio, sobrino del malvado Pelopogado, tan célebre por los crímenes que expió en un patíbulo. Blas está enamorado de María, y quiere casarse con ella, o robarla. María es nuestra protegida, vive en nuestra ranchería, estamos obligados a defenderla aun a costa de nuestra vida, porque este precepto de nuestras leyes debe ser respetado y cumplido.

“Una india me contó ayer que Blas aprontaba sus mejores cabezas de ganado para venir a mi ranchería a pedir a María, y que si no se la daban, él sabría tomarla, porque la española sería suya a todo trance. Blas dice que quiere a María, como no ha podido querer a ninguna de sus mujeres, y que está dispuesto a perder la vida por ella.

“Inmediatamente que la india me dio esta noticia, por la tranquilidad de mi madrina, de María y de todos, me fui a la ranchería de Blas, para disuadirlo de cometer semejante locura; tratándolo como amigo quise convencerlo, le dije que María no se casaría con él, y después agregué que la española estaba en mi casa bajo mi protección y la defendería como a mi propia esposa.

“¿También amas tú a la española y la quieres para ti?” –me preguntó Blas con mal disimulada cólera—. Yo no amo nunca las mujeres que no son de mi raza, le contesté, a María la quiero como a una hermana, la venero y respeto como a un ser superior.

–Blas, yo te aconsejo que dejes en paz a esa española, tú tienes mucho ganado con qué comprar hermosas indias, cástate con todas las que quieras, pero no pienses en María. Las

españolas de su clase no se casan con indios, ni aunque ellos sean caporales y ricos como tú y yo; nosotros tampoco debemos casarnos con ellas, es indigno mezclar nuestra raza.

“Piensa y reflexiona, Blas, en lo que te digo. Si desistes en quererte casar con María, seremos buenos amigos; pero si continúas en el loco propósito de robártela, te declaro la guerra.

“Blas no me contestó nada. Anoche vino a robar nuestros ganados, lo que indica que quiere la guerra, y que hoy vendrá a robarse a María. ¿La dejaremos robar?”. “¡Jamás!”, contestaron todos los indios.

La revelación de Alí dejó mudas de espanto a la viuda y a María, el colérico José hacía ademanes de querer estrangular al atrevido Blas y pedía su arco y su flecha para matarlo como si fuera un tigre.

Alí tocó los clarines y tambores, en señal de guerra, y toda la ranchería se aprestó para el combate. Los fusiles, las flechas, las paletillas y las rayas, todo se arregló en el menor tiempo imaginable.

Los guerreros bien montados y armados hasta los dientes se preparaban para ir con gran brío a rescatar sus ganados y a lavar con sangre la ofensa que Blas les había irrogado. La guerra era inevitable, dada la primera señal.

Los ranchos fueron abandonados, porque las mujeres y los niños seguían detrás de los guerreros a invadir la ranchería del indio Blas y a conducir el botín. La viuda y su hija no se podían quedar solas y tuvieron por necesidad que formar parte de la expedición. María estaba inconsolable. Ella era la causa (aunque inocente) de aquella injustificable guerra entre los indios; guerra que había podido impedir, emprendiendo la fuga, si ella hubiera sabido antes las pretensiones del indio Blas. Más nada habían penetrado ni ella ni su madre,

y la pobre joven tenía que presenciar temblando el combate que por su causa se trababa, y ver morir a muchos de los salvajes por quienes tenía afecto y gratitud.

La vida del generoso Alí, que ella amaba como a un hermano, corría gran peligro, porque Blas era malvado, artero, y María le temía mucho a una emboscada.

La justicia estaba de parte de Alí, él defendía la inocencia, pero María sabía que las causas justas sucumben muchas veces, y aunque Alí era valiente y más poderoso que Blas, María no podía dominar sus temores. Oraba y lloraba, único consuelo en tan grande conflicto.

IX

El indio Blas sabía muy bien que el pundonoroso Alí vendría con su parcialidad a reclamarle los ganados robados, y lo esperaba colocado en buenas posiciones y con muchos indios.

Las emboscadas de Blas habían sido descubiertas y vencidas por la vanguardia de Alí, antes de llegar a las posiciones que ocupaba Blas con el grueso de su ejército.

Alí con sus parciales atacó al caporal Blas, y horrible algarazara se armó entre los salvajes de uno y otro bando. Una lluvia de balas, flechas, rayas, paletillas, piedras, partió de ambas filas: un rudo y bárbaro combate se trabó entre los salvajes.

Después de largas horas de horrible batallar, cuando ya la noche empezaba a extender su negro crespón, como para ocultar a las miradas aquellas escenas de desolación y de matanza, Alí, ya victorioso, perseguía al fugitivo Blas, que trataba de escaparse a todo correr. Lo alcanzó y desafiándolo a singular pelea, que el indio no puede rehusar, lo venció también y, tirándolo al suelo, se preparaba a dar a aquel perverso indio el golpe mortal que lo libraría para siempre de un enemigo, cuando una mujer, que no era otra que María, se lanzó hacia él y cayendo de rodillas le gritó: “¡Alí, mi querido Alí, no lo mates, perdónalo por Dios! Blas está vencido, los jefes nobles y valientes como tú no deben matar jamás a un hombre vencido; eso mancha las glorias de los vencedores”. El indio Alí se detuvo; miró tristemente a María que le quitaba el placer de la victoria, no dejándolo satisfacer su venganza, y le dijo: “María, este Blas es tan perverso como su tío, es tu enemigo y también lo es mío, no nos dejará en paz. Dios lo ha puesto bajo mi pie para que le aplaste como a la

serpiente que trata de mordernos; déjame, María, por ti y por mí, matar esta culebra cascabel”.

“No, Alí, no lo mates, con las lágrimas te lo ruego por tu madre, por la mía y por mí, que soy tu hermana, tu amiga, tu compañera de tantos años, tu protegida y la causa inocente de la sangre que tiñe estas praderas. Alí, no más sangre, basta ya con la que se ha vertido. ¡Ojalá que por causa mía nunca se hubiera derramado una sola gota, y que yo hubiera podido evitar, aun a costa de mi vida, las desgracias de este funesto día!”

María, abrazada a las rodillas de Alí, lloraba y gemía pidiendo la vida del perverso indio que intentaba robarla.

Alí, conmovido por las lágrimas de aquella hermosa joven, perdonó la vida al indio y le dijo: “Blas, eres mi prisionero, debes la vida a esta española, aprende a respetarla”.

Muchos indios de los vencedores se les habían acercado. Alí los mandó que se llevaran al prisionero, que con todos los de la parcialidad quedaban a merced de Alí y de los suyos.

Blas seguía cabizbajo, preocupado no tanto con la acción que acababa de perder y el peligro que había corrido su vida, como con la irradiante belleza de aquella española que amaba locamente, y a quien había visto de rodillas delante de Alí, pidiendo con lágrimas la salvación de su vida. Si es mi enemiga, pensaba el indio, ¿por qué no dejó a Alí que me matara?

El salvaje no era cristiano y no podía conocer el precepto sublime que mandaba a María perdonar las injurias, devolver bien por mal y amar a los enemigos...

X

Después de este acontecimiento era imposible la permanencia de la señora Silva entre los indios y aprovecharon esta circunstancia para comunicar a Alí su deseo de abandonar la Goajira con el fin de establecerse en Venezuela.

La presencia de María había sido motivo de discordia entre dos tribus, y ellas no tenían ya ninguna tranquilidad para vivir allí

Alí les concedió la razón y les ofreció conducir las él mismo a las Guardias; pero les dijo que tenían que esperar unos pocos días a una partida de riohacheros negociantes en ganados, que llegarían pronto a la ranchería, y él se había comprometido a escoltarlos y acompañarlos hasta allí. Era mejor irnos todos juntos.

José lloró, se afligió, se desesperó, al persuadirse que tenían que abandonar sus queridas pampas, a todos los indios con quienes se había criado, sus pájaros predilectos, sus vacas, sus caballos, etc. Lloró porque comprendía que tenía que decir adiós a su vida selvática y sencilla; y por ese temor que nos infunde lo desconocido, tenía miedo a la vista de las ciudades. Los hombres civilizados le causaban terror y odio por los males que habían ocasionado a su familia, y el pobre niño, con poco discernimiento, los juzgaba a todos iguales en maldad y lamentaba tener que ir a vivir entre ellos cuando se encontraba tan feliz y tan querido, en medio de aquellos buenos y generosos indios.

Llegaron los riohacheros que se esperaban para emprender el viaje a Venezuela; todo estaba arreglado y partirían con gran pena a la mañana siguiente.

Entre los riohacheros que llegaron a la ranchería, había un antiguo conocido de la señora Silva, a quien costó no poco trabajo reconocerla, y gran sorpresa encontrarla allí, porque en

Riohacha se creía que ella y sus hijos habían perecido en el incendio, pues nadie sabía nada de ellas.

“Muerta estoy para los de mi país, dijo la viuda; once años hace que abandoné sus queridas playas, ahora me voy a vivir a Venezuela, país extranjero para mí, y quizá dejaré allí mis huesos”. Silenciosas lágrimas corrieron por sus pálidas y enflaquecidas mejillas.

Alí, Rita y otros muchachos indios las acompañaron hasta las Guardias, a donde llegaron con toda felicidad instaladas en aquel lugar, Rita y su hijo propusieron a la señora Silva hacer negocios en compañía que podrían dejarles gran provecho. Esta última prueba de afecto y de generosidad de Rita y de su hijo, colmó la inmensa gratitud que por ellos tenía la señora Silva, y aceptó reconocida todo lo que los nobles indios le propusieron.

Once años de pena, de retraimiento hicieron perder a la señora Silva el gusto por la sociedad.

Amaba el retiro, la soledad, vivía aislada y sentía profundo disgusto por el ruido y el bullicio. El carácter franco y hospitalario de los venezolanos, volvió algo sociables a aquellas infelices expatriadas, e hizo menos triste su morada allí. La notable belleza de María y su dulzura, llamaron bien pronto la atención de un joven de honrada y buena familia, aunque pobre. No tardó mucho este joven en merecer el afecto de María, y en pedir su mano, que le fue concedida. Se casaron, y un destello de felicidad brilló para María.

Su digno esposo, que sabía apreciar sus cualidades, se propuso hacer, con su ternura, olvidar a aquella virtuosa e interesante joven que los mejores años de su vida habían sido amargados por crueles pesares y por pruebas rudísimas que ella supo soportar con inimitable resignación y paciencia.

El belicoso José fue colocado en un buen colegio en donde sufría algo, pero aprendía mucho porque tenía talento y aplicación; se esmeraba en aprender, pues le causaba enfado no saber lo mismo que los otros niños de su edad. Su carácter semisalvaje, se dulcificaba y se pulía cada vez más. Sin embargo, tenía ratos de profunda tristeza; buscaba la soledad y echaba de menos las pampas goajiras, sus caballos, sus flechas y, más que todo, al generoso Alí, a sus compañeros y amigos de la infancia, que habitaban en la rancharía donde por tantos años halló asilo y pan.

Lloraba muchas veces su libertad perdida, y así como un pájaro que, encerrado en estrecha jaula, bate inútilmente sus alas tratando de lanzarse en el espacio que divisa, José se movía agitado, anhelando montar en un brioso corcel, recorrer aquellas pampas, aspirar con todos sus pulmones la brisa fresca y embalsamada de tan inmensas sabanas.

Su dulce madre templaba el fogoso ardor de aquel niño, y con tiernos besos enjugaba sus infantiles lágrimas. José amaba mucho a su madre, y por no afligirla, moderaba sus ímpetus salvajes: pronto sería un joven aprovechado y notable.

María era feliz, su esposo la amaba tiernamente, y respetaba y quería a la señora Silva como a su propia madre. Todos trabajaban juntos, y aunque María y su madre no habían alcanzado todavía la riqueza que perdieron en el incendio, vivían cómodamente con el fruto de su trabajo.

La señora Silva estaba tranquila al lado de sus hijos; pero el recuerdo del esposo perdido, la ausencia de la tierra natal, que quizá no volvería a ver jamás, y sus pesares de once años, habían impreso en su semblante un sello de tristeza, y eran el tormento constante de aquella infeliz expatriada, que tal vez moriría en extranjera tierra, sin que nadie más que sus hijos supiera quién era, quién fue...

Bogotá, diciembre de 1879.